

## SECCION DOCTRINAL

---

### LA IGLESIA Y LOS OBREROS

EN EL SIGLO XIX

---

Volvemos á honrar las páginas de nuestra Revista con un excelente discurso de Monseñor Mermillod, vigoroso atleta que en el corazon de Europa está haciendo frente con serenidad y valentía á la terrible y amenazadora cuestion social, que conmueve á los pueblos modernos. Con gusto verán nuestros lectores esa produccion robusta y brillante, que vigoriza con su doctrina, alienta con su energía, cautiva por su nobleza, y desarma á los impíos y delirantes enemigos de *la paz de los hombres en la tierra*.

A este discurso seguirá otro, muy importante tambien, sobre el mismo asunto. Debemos procurar que resuenen en todas partes los ecos de la voz augusta de la caridad y la ciencia, que sale á detener el paso de los demoleedores del órden social entero.

### LA IGLESIA Y LOS OBREROS EN EL SIGLO XIX

---

#### INTRODUCCION

La elevacion pacífica de las clases trabajadoras y el completo reposo de sus corazones, tal es el grave problema que pesa sobre los destinos de nuestra Europa occidental, y cuya feliz solucion

podria poner fin á una situacion precaria, y hacer aséquible el desenvolvimiento de nuestras libertades públicas. Prueba de que la religion católica, verdadera madre de nuestra civilizacion moderna, no es extraña á este problema, es que recientemente, Monseñor Mermillod, obispo auxiliar de Ginebra, ha venido á iluminar tan delicadas cuestiones con la antorcha del Evangelio, con la alteza de miras y el ardor de elocuencia y caridad, que todo el mundo le reconoce. ¡Felices nosotros que podemos presentar á los ojos del público la brillante improvisacion que ha pronunciado en Santa Clotilde, y que la taquigrafía ha recogido cuidadosamente!

El pueblo, no lo olvidemos, es, propiamente hablando, el privilegiado de la familia cristiana. Pero precisamente porque el hermano menor de una familia es tambien el más amado, deben sus hermanos mayores iluminarle en sus errores y ayudarle en sus debilidades. El benéfico promovedor de las instituciones de crédito popular de Alemania, Mr. Schülze-Delisch, decia hace poco tiempo (1): «*Ayúdate á ti mismo*: tal debe ser para el obrero la regla general; mas en los tiempos de crisis, ó cuando se encuentre imposibilitado ó sin trabajo, *debe ser ayudado*; esta es la excepcion que crea para todos un deber.»

Tal es la ayuda que el elocuente obispo reclama en favor de la juventud obrera, incapaz á los 17 años de defenderse contra los peligros del aislamiento y las seducciones de las malas pasiones. ¡Ojalá que tan generoso llamamiento sea escuchado por todas las inteligencias, y que á su eco respondan todas las voluntades, á fin de que resulte pronto de su union, un movimiento que eleve entre nosotros las instituciones de este género al nivel de las que prosperan para bien general en Alemania é Inglaterra!

31 de Marzo de 1868.

Discurso pronunciado en Santa Clotilde por Monseñor Mermillod, Obispo de Hebron y auxiliar de Ginebra, en favor del Circulo de obreros jóvenes, el domingo 26 de Febrero de 1868.

Mientras que el corazon humano siente en todas partes á Nuestro Señor Jesucristo, adorable Redentor del mundo, las

---

(1) *National-Zeitung*, 2 Marzo.

mezquinas y estrechas concepciones de la razon tienden á apartarle de este objeto sagrado y de este término final.

En sus sufrimientos y soledades se levanta hácia Aquel, único capaz de darle familia, riqueza y dignidad, porque si Jesucristo es el asilo de los desamparados y de los que gimen sin honra ni esperanza, es tambien el principio sólido y fecundo de toda vida social.

¡Fatal error es de la revolucion arrastrar á la humanidad por impetuosa corriente, á buscar en sí misma las eternas soluciones que la faltan!

Sin Jesucristo, todo es objeto de discusion en el corazon y en la sociedad. Nuestro siglo ve levantarse delante de sí el terrible problema de la desigualdad de condiciones, nudo de las dificultades actuales, enigma del mundo moderno en la region de las ideas y de la realidad. Cualesquiera que sean las ilusiones con que pretendamos satisfacer nuestro reposo, de cuando en cuando siniestros resplandores revelan la profundidad del mal que nos amenaza, apareciendo entre el rico y el pobre constante antagonismo, sordo y latente á veces, otras público y formidable.

Al través de nuestras agitaciones presentes, la mirada que quiere penetrar en el fondo de las cosas, comprende bien pronto que la cuestion social es la última palabra de todas nuestras luchas. Todos repetimos que alcanzamos una época de transicion, que una vieja sociedad se desmorona y que una nueva se forma. De aquí las dudas y las vacilaciones: arriba, vivas alarmas; abajo, ardientes y apasionadas aspiraciones. Fórmanse escuelas y partidos, y cada cual se pregunta si el mundo va á convertirse en campo de batalla, ó si va á firmarse un tratado de paz entre los ricos y los pobres.

El espíritu cristiano y nuestra actividad personal deben llevar su vivificante concurso á la solucion pacífica de tan innumerables problemas.

No os extrañeis, pues, que la cátedra sagrada los aborde con animosa franqueza, y que reclame el derecho de disipar sus tinieblas y de contrarrestar sus amenazas. Si es honra de nuestro siglo plantearlos, eterna honra es tambien de la Iglesia sondearlos con valor y resolverlos con energía. ¿Quién ha de unir

las manos del que posee y del que trabaja? ¿Quién sino Jesucristo?

San Hilario reclamaba del episcopado dos grandes cualidades: el valor de decir la verdad, y la oportunidad en enseñarla. No hace mucho que ante S. S. Pio IX, que me consagraba obispo, hacia yo juramento de no faltar jamás á la verdad por adulacion, ni por miedo; juramento que acabo de cumplir delante de vosotros, al hablaros de esta cuestion terrible y amenazadora, que se llama la cuestion social obrera.

Muy lisonjero me es hacerlo en este recinto, donde otras veces tan benévolas simpatías rodearon mi cátedra y acogieron mi palabra. Sí, mis queridos hermanos: muy lisonjero me es tratar este asunto ante tan ilustre y brillante auditorio, y repetiros la sublime y gran responsabilidad que pesa sobre las clases ricas y elevadas.

¿No ha de ser consolador para los pobres saber que en nuestros dias los felices y poderosos son capaces de oir las lecciones que proclamaba San Juan Crisóstomo y que Bossuet hacia resonar en la esplendorosa corte de Luis XIV?

Mi voz, que no es más que débil eco de aquellas grandes almas, será escuchada por vosotros con docilidad cristiana, no viendo en la franqueza de mis palabras sino un acento de reconocimiento y ternura.

¿Cuál es, pues, la situacion actual de las clases obreras?

¿Cuál puede ser la accion de la Iglesia?

¿Qué parte de actividad y qué deberes incumben á las clases elevadas de nuestra época?

Tales son los problemas que trataremos de estudiar con la ayuda de Dios y vuestras buenas y fieles simpatías.

¡Jesús mio, Maestro y Salvador, que estás á la derecha del Dios Padre! ¡Tú que en Nazareth, brillante heredero del cetro de David, á la vez que oscuro trabajador, armado del escoplo de José, reuniste sobre tu frente y en tus manos la diadema real y el instrumento del obrero, bendíceme y haz que en tu corazon se fundan el rico y el pobre en dulce y pacífica alianza, para mayor gloria tuya y salud de los pueblos!

I

¿Cuál es la situación actual de las clases obreras? ¿Cuáles son sus peligros y los nuestros? ¿Son una amenaza para la sociedad?

La desigualdad de las condiciones es un hecho social y necesario. El espíritu humano tiende á rebelarse contra la necesidad de este hecho y protesta de él de un modo unánime. ¿De dónde procede esto? ¿Por qué, desde Adán, al paso que unos hombres se encuentran, por su origen, rodeados desde la cuna de todas las comodidades de la vida y de los mil atractivos del lujo, otros se ven desheredados de los bienes y de los honores de este mundo, morando en pobres habitaciones, y careciendo frecuentemente hasta del necesario sustento de su mezquina existencia? ¿Cuál es la causa de fenómeno tan extraño?

La solución más antigua es la de los indios, que clasificaban á los hombres en diferentes castas: los sacerdotes, según ellos, procedían del cerebro de Brahma, y como tales, tenían el derecho de ocuparse en los trabajos del pensamiento, de la ciencia y de las artes; los guerreros provenían del pecho, y eran los defensores de la patria; otros nacían del vientre, y eran los agricultores é industriales; y los ménos privilegiados, salidos de los pies, eran los artesanos y trabajadores. Todos en esta genealogía tenían un reflejo de la divinidad.

El mundo pagano encontró otra solución. Dividió la especie humana en dos clases: libres y esclavos. No nos cansaremos en demostrar el envilecimiento que llevaba consigo la esclavitud en el seno de las sociedades antiguas. Los mismos filósofos, que en ocasiones se preguntaban si aquellos seres desgraciados tenían alma, los miraban más bien como propiedad que como personas. *Non tam persona quam res.*

Apareció entonces Jesucristo, el eterno amigo de las almas, el protector de todos, de los débiles como de los poderosos. Dirigiendo una mirada sobre la humanidad, vióla dividida en dos campos, y, descendiendo de las alturas celestes, fué á colocarse

entre los desamparados y humildes. Según las palabras de Bossuet, se identificó con la pobreza, y hasta la sublimó, proclamando en Belén la dignidad del pobre y en Nazareth la nobleza del trabajo.

Desde la venida del Redentor, el pueblo no ha cesado de caminar á su perfeccionamiento; es la inmortal levadura del Evangelio, que se agita en sus entrañas, y que lo impulsa á elevarse de continuo. La esclavitud antigua formaba una unidad social, impía, pero cierta. En la Edad Media, el siervo, el vasallo de la gleba, se convierte en trabajador, que organiza las corporaciones obreras. Una jerarquía universal, una coordinación de fuerzas, una solidaridad general, estrechan á todos los miembros sociales. En estas edades de fé, el obrero tenia su lugar y su honor. Iba á la Iglesia que habia construido con sus manos; arrodillábase con el rico, al pie de los mismos altares, entonando los mismos cánticos, viviendo de la misma fé en la sublime igualdad de doctrinas, esperanzas y amor cristiano. El siglo xviii se levantó saturado de malas ideas y peores pasiones. Pero imbuido de inspiraciones generosas, deshizo la antigua sociedad, derribando todas las viejas instituciones con sus abusos, pero tambien con sus beneficios. La independencia del individuo fué proclamada, y destruida la solidaridad; el hombre quedó libre, pero solo, entregado á un poder más ó ménos concentrado, según las épocas.

La libertad y la independencia no bastan á un ser enfermizo, á quien persiguen todos los días las necesidades de un alimento que satisfaga su estómago, y de una casa que le ponga á cubierto de la intemperie. A causa de las heridas que abre la concurrencia en el campo del trabajo, y á causa tambien de algunos desórdenes, la satisfaccion de las necesidades materiales es cada vez más dificultosa. El obrero levanta la cabeza, y no hallando al Dios, que se le ha ocultado, ve á sus semejantes que viven cómodamente, y les culpa de sus dolores.

El sentimiento de la igualdad ha progresado en las sociedades modernas, y las desigualdades que subsisten todavía provocan de cuando en cuando mayor número de quejas que las suscitadas en otro tiempo por los más monstruosos privilegios. Los desheredados de la fortuna, que no rinden culto á las ideas cristianas

no comprenden ni aceptan el trabajo ni el sufrimiento. Para ellos, como para los felices del mundo, que no creen en el Evangelio, el dolor es un misterio; y aún cuando su razon es impotente para responder á los argumentos de la ciencia social, su corazon protesta y se subleva contra la superioridad de los que gozan, agrandándose el peligro con las ideas, costumbres y progresos que forman la atmósfera de nuestras sociedades.

Surgen alrededor del obrero dos corrientes de ideas: una que lo rebaja y otra que lo eleva, arrastrándole ambas á engañosas seducciones, cuando la fé no contrapesa estas nuevas fuerzas.

Envuelto en las redes del materialismo, sigue los movimientos del pensamiento, oye negar á Dios, poner en duda la existencia del alma, y cuando eleva los ojos hácia Aquel, que un tiempo tuvo él por padre, cuando busca en su pecho las grandes y sublimes inspiraciones de la fé y del amor, no encuentra más que la nada en su corazon y el vacío en el cielo.

Escucha á los soñadores que le ofrecen utopías, risueños espejismos, creados por la imaginacion de hombres de buena fé ó de ambiciosos que buscan en la adulacion el escabel de su engrandecimiento. Sudoroso el cuerpo, sin convicciones el alma, despedazado el corazon é ignorante la inteligencia, déjase embriagar con tan seductoras teorías, en la seguridad de que su desgracia proviene de la sociedad que lo desdenea.

Voy á señalar otro peligro: el progreso material, que yo saludo con júbilo, aunque sin ver en él el elemento exclusivo de las civilizaciones. La Iglesia no ha menospreciado jamás la materia; la aprecia como criatura de Dios, que debe servir al alma en sus ascensiones á su Autor. Santifica el cuerpo humano á su entrada en el mundo, y le bendice en los umbrales de la eternidad cuando le deposita en el campo del reposo.

La industria, en sus maravillosos desenvolvimientos, no es otra cosa que un pedazo del cetro de Adán, roto por su caída en los primitivos días del Eden. Dios le habia presentado la creacion entera, diciéndole: — «Reina, gobierna y sé soberano de estos elementos que coloco bajo tu mano y tus pies.» En la hora de la catástrofe original, el Señor le impuso la ley del trabajo como una ley fecunda y expiatoria: *Comerás el pan con el sudor de tu frente.*

El obrero es el artista de tantas maravillas como nos encantan y sirven á la vez. Amasa la materia con su mano vigorosa; la tuerce; la comprime; la teje al mismo tiempo; hace de ella carros de fuego; construye locomotoras que parecen animadas en la rapidez de su carrera; esclaviza el vapor; organiza las máquinas, que tantas veces vuestras brillantes exposiciones ofrecieron al mundo, conmovido de tales conquistas; y ante el grandioso espectáculo de la materia sojuzgada, gobernada y transfigurada, al contemplarse á sí mismo con orgullo, exclama: *¡Esta obra es bella: es el fruto de mis manos!* Cuando el campesino abre el surco que ha de producir á otro la mata de trigo, levanta la frente, y mirando al cielo, escucha la campana de su iglesia; el firmamento y sus astros, las armonías del campanario, todo le habla de esperanzas benditas y de un consuelo á su pobreza. Pero el obrero de la ciudad, envuelto en el humo de las fábricas, ensordecido por el atronador ruido del martillo, no distingue aquel pedazo de cielo azul que sonríe al pobre, ni ve otra cosa que la inmensa actividad del hombre. Admira el trabajo de la criatura, sin aperebirse del de Dios.

No podeis negar, mis queridos hermanos, que este progreso material, del cual se aprovecha incontestablemente el obrero, crea, sin embargo, para él más tentaciones que provechos; y que, por consecuencia, nuestras magníficas exposiciones industriales ofrecen enseñanzas diversas.

El segundo progreso, que yo llamaría intelectual, es el que se relaciona con el desenvolvimiento de las fuerzas de la inteligencia. De día en día adquieren mayores conocimientos las clases populares; y como si esto no les bastara, reclaman una instrucción más grande y completa.

Hay además otro progreso social, que es necesario tener en cuenta en nuestro mundo moderno: el sufragio universal, por el cual el voto del obrero pesa tanto como el del gran señor en la balanza de nuestros destinos. Como se considera una individualidad poderosa, como tiene conciencia de su propia valía, y siente su fuerza y la aprecia, dice: «La sociedad descansa también sobre mí, y cuenta conmigo.»

Más enfrente de estas ideas que le embriagan, enfrente de estos progresos que le exaltan, enfrente de este poder, que él



comprende, levántanse las costumbres, las costumbres que á veces se asemejan á una resurreccion pagana. Así, cuando al mirar á un lado y á otro percibe el lujo que de día en día aumenta, los placeres que forman el privilegio de las clases superiores; cuando la prensa callejera le inicia en el secreto de los escándalos de arriba, en las alegrías de vuestras fiestas, en el esplendente brillo de vuestras reuniones, si la fé no ennoblece su trabajo, mira al través de las angustias de su miseria y grita: «Yo he levantado vuestros palacios y construido la mesa de vuestros festines; mi hija ha tejido los adornos de vuestras mujeres. ¡Felices favoritos de la suerte, yo trabajo todos los dias para vosotros! ¡No hay para mí noche de descanso, ni aún el domingo me proporciona su saludable y dulce reposo. Paso de mi taller, donde en honor de vuestras diversiones se deslizan juntos mis lágrimas y sudores, hasta mi buhardilla, donde mis hijos apénas encuentran un pedazo de pan amargo, y en ninguna parte hallo la Providencia para contar los latidos de mi corazon y las canas de mi cabeza, el Cristo para consolar y fortalecer mi espíritu!»

Entónces, mis queridos hermanos, el obrero sufre la más terrible fascinacion; en las profundidades de su alma lacerada fórmanse inextinguibles envidias, codicias sin freno y apasionados odios; palabras de venganza vienen espontáneamente á sus labios; y en tal situacion le atrae la más insignificante promesa, sin comprender que el obrero que no trabaja para sí, es ménos desgraciado que aquel que en la infancia de la sociedad veíase obligado á subvenir á todas sus necesidades personales; sin comprender que la division del trabajo ha creado considerable suma de riquezas, puestas en circulacion en beneficio de todos. ¡Ah! El apénas sabe apreciar el valor de estas realidades económicas. Sin freno en sus deseos, sólo ve lo que posee y sólo sueña en lo que le falta. Entregado á sus instintos terrenales, exhala de su corazon quejas feroces, y pronto se ve presa de sus cortesanos, que acuden á él repitiéndole estas palabras preñadas de tempestades, y que retumban á modo de somaten de alarma: «Sí, le repiten los utopistas ó los ambiciosos, redímete, obrero, de tu deshonor y de tu trabajo maldito; eres independiente en tu taller, pero estás *abandonado*. No disfrutas de la fecundidad de tus sudores, porque eres un *desheredado* de los humanos goces,

Miéntras otros viven de tu actividad y saborean su fruto, tú eres un *explotado!*

¿No creéis que hay aquí espantosos peligros, si á tan fatal seduccion añadís otras sugerencias? El obrero no quiere limosnas que le humillen, ni patronazgos que le sostengan. Tiene libros, prensa, relaciones univorsales, formas públicas de nuestra organizacion social, sociedades secretas, verdadera confederacion internacional del odio. Para él no hay Océano, ni Pirineos, ni Alpes. Fascinado por los mágicos términos de *advenimiento de la justicia, reino humano, solidaridad general*, huye de encerrarse en el estrecho círculo del patriotismo nacional. Tergiversando las ideas generosas del Evangelio, pide prestado al cristianismo sus nobles y santas aspiraciones; pero sustrayéndolas al suelo que las produjo, arroja en el lecho sagrado de donde nacieron cantos rodados de la verdad, los terribles errores del socialismo, no los benéficos y fecundos resplandores del sol cristiano.

No me acuseis de exageracion, hermanos míos. En vano será que apartemos la vista del abismo, lo cual significará que huimos de él, porque no sabemos lodarle. Los peligros no se conjuran con ceguedades voluntarias. Contemplemos sin terror ni inquietud el estado á que han traído á nuestra época nuevas ideas, costumbres y progresos. El movimiento de las clases obreras se nos presenta como un torrente que se precipita desde la montaña; puede destruirlo todo á su paso, inundar de ruinas nuestros valles; pero honor debe de ser de la santa Iglesia católica allegar fuerzas que le encaucen, levantarle diques, aplacar sus impetuosas olas, y convertirle en rio poderoso y fecundo del siglo xix.

No hay que engañarse. A no pretender que continúe indefinidamente este duelo fatal y sangriento, preciso es caminar hácia un tratado de paz entre el propietario y el obrero. Marchemos todos unidôs á la realizacion de esta obra de valor. Dios y la Iglesia nos convidan. Llevemos á ella las ternuras del Evangelio y los sentimientos del corazon. En los tiempos que alcanzamos, de grandes luchas y vivas alarmas, pero tambien de nobles esperanzas, nosotros habremos sido fieles servidores de la verdad y benéficos instrumentos de la caridad, asociándonos á la sublime y dulce mision de Jesucristo, restaurando las cosas y uniendo las almas.

II

Ved ahí el temible problema cuyo peligro acrece por momentos.—¿En dónde buscar su solución?

¿En la familia? Sin duda alguna, la familia es la paz, la alegría y el honor del obrero; pero ¡ay! que despojada de la aureola religiosa, no es ya el hogar bendito donde descansan las almas y se unen los corazones en la comunidad de la oración y del amor cristianos! Por eso el obrero, que no halla allí la vivificadora alegría de las santas convicciones, se aleja de ella al sentirse de continuo sin fuerzas para embellecerla.

Ya os lo he dicho. La sociedad no ha compensado suficientemente la pérdida de tamaños goces, porque ni la libertad, ni la igualdad modernas pueden llenar el vacío que han dejado la ausencia de la fé y las ruinas de la familia.

La economía social, con su espíritu de asociación, con sus sociedades cooperativas de producción, crédito y consumo, ha redoblado indudablemente sus esfuerzos, en los que tan interesados están el Estado y la administración pública. Pero la importancia del Estado se ha limitado necesariamente desde el instante en que su objeto ha consistido, mayormente que en reemplazar, en proteger la libre acción del ciudadano.

Buenas han sido todas estas tentativas y conformes con las más sanas doctrinas de la economía pública; pero para que den completo resultado necesitan de la ayuda de todas las inteligencias.

Lo que las clases obreras puedan hacer por sí mismas, há menester muchos años para realizarse. Y ¡ay de nosotros si en las urgencias de lo presente y en las eventualidades de lo porvenir la sociedad es sorprendida ántes de que la verdad se apodere de las ideas y el orden de los espíritus!

Mientras la acción del Estado sea restringida, la elevación de las clases obreras será necesariamente lenta. ¿Qué queda, pues, para colmar el abismo de desconfianzas abierto entre las fracciones sociales?

Nadie osará hacer un llamamiento á la fuerza, porque la fuerza que impone silencio no es bastante á crear la paz. Sólo el

amor cristiano es capaz de congrega los elementos dispersos para dar á la sociedad la unidad y vida que le faltan.

La Iglesia posee este poder de reconciliacion, porque da al obrero las tres cosas que necesita : ciencia, valor y honra.

Bien pronto se da cuenta el obrero de la desigualdad de condiciones ; por cima del sordo malestar de nuestras divisiones públicas, ve la lucha de ideas sobre el campo de batalla de las inteligencias ; y al oír las discusiones sobre su cuna y su sepulcro, sobre su nacimiento y su muerte, se pregunta dónde ha de hallar la verdadera doctrina.

Aproxímasele la Iglesia, le revela los misterios de la creacion, las leyes de la Providencia y el origen del dolor ; le habla del pecado original ; le explica la Redencion ; le muestra el cielo ; y por medio de estos grandes recuerdos de su caída y reparacion, le enseña la ciencia de la vida. Entónces, seguro de que si trabaja en la tierra será transfigurado en el cielo, léjos de abandonar las herramientas de su taller, las coge y besa, porque sabe que un día fueron tocadas por las manos de su Redentor.

Ilumínase su alma con la luz del Paraiso perdido, con la estrella de Belen y los resplandores de Nazareth ; y, mitigados sus dolores por tan ilustres y dulces recuerdos, se explica cómo la vida no es otra cosa que una senda que conduce al cielo ; y cómo la eternidad de lo porvenir eclipsa las sombras de las desigualdades del presente.

Inspírale valor la Iglesia al mostrarle la ley del trabajo, que comprende á todos los hombres, pues que desde el Papa, sentado en la cúspide de la humanidad, hasta el más oscuro artesano, todos estamos condenados á trabajar y sufrir, precisamente porque todos llevamos dentro de nosotros mismos la herida de Adan : *Homo natus ad laborem, sicut avis ad volatum.*

La Iglesia dice al obrero : « Trabaja, hijo mio, porque tal es la nobleza de tu destino. Todo ha nacido sujeto á esta ley ; desde el insecto que se arrastra por la arena, hasta el águila que se cierne en los aires ; desde la hormiga que lleva su alimento cotidiano, hasta el astro que cruza el espacio, todos obedecen esta ley universal, que domina los séres y las cosas.

En el Paraiso terrenal el hombre trabajaba, á pesar de su gloria primitiva ; en Nazareth el Hombre-Dios santificaba esta ley ;

y el obrero, al considerar que no es él el solo condenado á esta fatiga diaria, aprecia el puesto de honor que le cupo en la jerarquía social, y, cualquiera que sea el peso de su cruz, la lleva con sublime resignación. Revestido de tan incomparable dignidad, el humilde artesano se siente, apoyado en su herramienta, como envuelto en una ilustración personal y en una especie de misterioso reflejo, que viene de la túnica de Cristo; y ante las dignidades humanas y las desigualdades sociales, se convence de que tiene una misión que cumplir, y que Dios es quien, al enviarle á la tierra, le ha confiado en su infinita ternura y amor supremo el noble apostolado del trabajo.

El mundo entero se le presenta á modo de inmensa basílica, en la que cada cual tiene su vocación señalada y su función especial, designada por la Providencia. Todo está en su lugar; el príncipe que gobierna el Estado, el sabio que arranca sus secretos á la naturaleza, el escultor que hace surgir la estatua de su cincel, el poeta que canta al través de sus sonrisas ó sus lágrimas, el sacerdote que castiga ó perdona, hasta tú, pobre obrero, que trabajas en tu humoso taller, todos somos piedras vivas de esta gran catedral, levantada por las almas y los siglos para gloria de Dios. ¿Qué importa que vivas en la oscuridad de tu establecimiento, si sobre él descansan los grandes pórticos, la ojiva que resplandece, el vidrio con su brillante colorido y el campanario que centellea al sol? Tú cantas acciones de gracias y bendices á Dios por el lugar á que te destinó en estas construcciones magníficas.

Ved aquí lo que hace la Iglesia por las clases obreras, derramando sobre ellas doctrinas y creencias, bendiciendo sus fatigas, cubriéndolas con la gloria cristiana y asociándolas á la gran obra del trabajo de Dios en el mundo.

No hay obstáculo que no venza para aproximarse á ellas, inspirarlas ánimo y esperanza, y proporcionarlas el remedio balsámico del cariño y de la dignidad.

¡Ayl! ¿Por qué las naciones rechazan á esta noble madre de las almas y de los pueblos? ¿Cuán distinta sería su suerte si la reconocieran siquiera como una bienhechora sobre este campo de batalla, donde se discuten las ideas y los graves intereses de la conciencia y del trabajo! Ya os he hablado de este duelo á muer-

te, que tan de continuo se representa á nuestros ojos. El obrero, que se ha dejado arrastrar el corazon por las oleadas del odio, al contemplar con amargura y codicia lo que él llama lujo desolador, maldice de la Providencia, no teniendo en sus labios más que blasfemias. Pues bien : que en la hora de estos gritos acusadores contra Dios pase una de vuestras hijas, que haya trocado el brillo de vuestras habitaciones y las ternuras de su madre por el sombrío á la vez que consolador hábito de la pobreza y del amor á la humanidad, y cogiéndole una mano le diga : «Yo vengo en tu busca; el Dios, de que blasfemas, me envia para consolarte; yo he arrojado léjos de mí cuanto constituye el encanto material de la vida; y te traigo una cosa que vale más que el pan cotidiano, pues que quiero ser tu hermana de corazon, tu hermana de la caridad.»

Enternecido con tal lenguaje, el obrero, que sabe por otra parte que la igualdad absoluta no está en este mundo, siente humedecidos los ojos, y, juntando las manos, exclama : «¡Sí, yo creo que tengo un padre en el cielo, pues que encuentro una hermana en la tierra!»

Respondedme : si la Iglesia, en su poder y libertad, puede desempeñar de tal modo tan grande y noble apostolado; si puede dirigirse al pueblo, cubrirle con el manto de su cariño maternal y revelarle los secretos, el valor y la dignidad de la vida, ¿no debemos esperar dias de paz, en la certeza de que brillará la blanca aurora de un porvenir más lisonjero para nuestras sociedades?

### III

Permitidme que os manifieste, ántes de concluir, qué parte corresponde á las clases elevadas en esta obra de reparacion.

Dejando á un lado ciertas exageradas esperanzas que proceden de sus pasiones, cuando no de influencias culpables, el pueblo tiene aspiraciones legítimas y merece que se le anime cuando pretende elevarse por los medios de la instruccion, del trabajo y de la economía. La Iglesia y la sociedad cristiana han multiplicado las instituciones destinadas á favorecer este movimiento.

¿Elegirán las clases elevadas el camino de la resistencia, el de la apatía ó el de la verdadera direccion?

Si se levantan como un obstáculo, bien pronto serán arrolladas, y el esfuerzo del pueblo en destruirlas acrecerá el poder y violencia del movimiento.

La apatía dejará pasar el torrente, que, elevándose poco á poco, las cubrirá con sus olas, enterrándolas bajo la arena ó precipitándolas segun la pendiente ó el capricho, sin apiadarse de los vivos, ni cuidar de los muertos.

Queda, pues, la direccion, que está en manos de Dios, y por la cual se ha servido daros los principios del nacimiento y la fortuna. Sí; tal es nuestro deber. No hace mucho tiempo que nuestros padres daban noble acepcion á la palabra *servicio*, que si otras veces quiso significar *servidumbre*, hoy es sinónima de *buena accion*. Bajo la inspiracion de la fe se tenia á mucha honra *servir*, comprendiendo cada cual las nociones cristianas del trabajo y las obligaciones de la abnegacion, y hasta no avergonzándose las letras ni las armas de denominarse *oficio*, esto es, una cosa trabajosa y grande. Sabemos que el pueblo no parece dispuesto á aceptar una mano que le dirija; pero tambien es verdad que no está tan decidido y resuelto en pro de ciertas soluciones como se cree generalmente. Duda, busca y escucha, concluyendo por aceptar, sin darse cuenta de ello, la influencia que tal vez pretendia rechazar, siempre que se le muestre dispuesta á ayudarle en sus esfuerzos y esperanzas. No nos engañemos. El racionalismo ha organizado su accion sobre el pueblo. Escuelas sin Dios; libros en cuyas páginas se enseña el ateismo y la moral independiente; el taller abrió el domingo en lugar del templo; sociedades secretas; clubs y congresos socialistas; ¿acaso no es todo esto una red en la que se pretende aprisionar á los obreros á fin de arrebatarlos á la atmósfera del cristianismo?

En presencia de tan gigantescos esfuerzos, importa que todos se unan á la Iglesia, y, consagrando su influencia, fortuna y experiencia en servicio del pueblo, le inspiren las ideas, costumbres y aspiraciones del Evangelio.

Míranse por algunos estas ideas con cierta prevención. Entre el pueblo y las clases elevadas levántanse no pocos errores y desconfianzas. Miéntas por un lado se dice con frecuencia que el

rico es el vampiro que se alimenta del sudor del trabajador, por otro se considera á éste en ocasiones como un tigre que es preciso amordazar.

De estos dos extremos, tan injusto el uno como el otro; de estas dos alarmas, que no son otra cosa que el grito del egoismo del que posee respondiendo al del que no posee, nacen desconfianzas que es necesario disipar, aversiones que es indispensable extinguir.

Desde luego podemos persuadirnos de que el pueblo no es tan malo como se cree. ¿No está compuesto de almas salidas, como las demas, de Dios, bautizadas, como ellas, en la sangre del Redentor, y llamadas á triunfar en la Iglesia, en medio de este tan magnífico como valiente ejército, al cual están reservados los resplandores del cielo?

Desde el barquero elegido en las orillas del lago de Genezareth y el perseguidor que luego se llamó San Pablo, hasta San Francisco de Asís, que renunció toda su fortuna, y Santa Germana, no hace mucho beatificada por Pio IX, ¿no ha formado parte toda esta multitud de trabajadores del ejército de la pobreza, que vive y alienta en la esperanza de las alegrías celestes?

Luego la Iglesia católica nos muestra falanges de pobres y obreros, glorificados en su seno, como en prueba de que sus almas son dignas de elevarse hasta Dios.

Observad por otra parte, mis muy queridos hermanos, que las necesidades que les atormentan, los sufrimientos que les agitan, y las incesantes aspiraciones hácia las cuales tienden todos sus corazones, son la constante preocupacion del Cristianismo.

Diez y nueve siglos hace que la Santa Iglesia se esfuerza en elevar á los débiles. Llegamos al momento crítico de una sociedad que, al trasformarse, huye la accion del Cristianismo, porque no la comprende. Sí; la sociedad moderna se empeña desesperadamente en prescindir de nuestra religion, queriendo organizarse sin nosotros; pero deber nuestro es no permitir que este suceda, y resistir semejante tendencia, yendo en busca de los débiles para cubrirlos con el manto de nuestro apoyo y ternura.

¿Acaso no responde el pueblo cuando oye el clamor de las grandes almas? Permittedme, hermanos míos, citaros con tal motivo dos hechos, porque los hechos son más elocuentes que las



ideas; y éstas, bajo su forma racional, no alcanzan frecuentemente á la inteligencia, ni se apoderan siempre de los corazones. Dejemos al pobre entregado á sí propio; abandonemos al obrero á sus propios instintos: él amará á Dios y á sus hermanos.

Estaba yo, pronto hará cuatro años, en este mismo sitio, y en presencia, como hoy, de un inmenso y simpático auditorio, defendiendo una tan grande como noble causa, la de la infortunada Irlanda, que se revolvia en las angustias del hambre y la desesperacion, nacion que Dios ofrece en espectáculo al mundo moderno para indicar cómo un clero católico, empobrecido y despojado tres siglos hace, puede aún mostrarse como el salvador de Inglaterra, á pesar de su desden, deteniendo en el umbral de sus palacios, por la sola invocacion de la religion y de la patria, la revolucion más imponente.

Al escuchar las desgracias de aquel país, contristábanse las almas generosas, y las manos caritativas se abrian para depositar su limosna, cuando un pobre obrero, perdido, por decirlo así, entre la elegante multitud, y tal vez sin un pedazo de pan con que alimentarse aquel dia, se desprende de su reloj y le arroja en la bolsa de una de vuestras brillantes limosneras, pronunciando estas heróicas palabras: «¿Para qué necesito yo saber la hora que es, cuando un pueblo se muere de hambre?»

Tal es, mis queridos hermanos, el grito del obrero. Cuando un pueblo se muere de hambre, no sólo da para él lo que le es superfluo, sino hasta lo que le es necesario.

Os citaré otro hecho, cuyo recuerdo me conmueve aún. Era, hace veinte años, el 24 de Febrero de 1848. El pueblo de Paris sublevado recorria las calles buscando objetos que derribar, cuando de repente, en medio de tan general desolacion, un obrero encuentra la figura de Cristo en la cruz.

La coge inmediatamente, y levantándola por encima de su cabeza, exclama: «¡Gloria á este, que es nuestro Maestro!» Y conmovida la muchedumbre, en medio de su agitacion y de su cólera revolucionaria, sigue al obrero y lleva el Crucifijo á Nuestra Señora.

En aquel instante me pareció que, bajo las bóvedas de esta antigua basilica, invadida por las oleadas de un pueblo en revolucion, se firmaba un gran concordato entre Jesucristo y los obreros.

Creedme, mis queridos hermanos: que cuando el obrero sienta un dolor, encuentre á Jesús, y Jesús será su consuelo.

Y bien, vuelvo á repetir: entre las clases elevadas y las trabajadoras, hay errores y desconfianzas, y no conviene acrecentarlos, sino disiparlos. Es necesario rebajar las montañas, allanar los valles y salvar los abismos por medio del amor.

El primer deber, pues, de dichas altas clases, es aceptar la situación tal como se presenta y mirarla en toda su realidad, estudiándola francamente con ayuda de las ideas cristianas, esto es, aceptando legal y completamente el cristianismo.

Nuestra religion, que ha borrado la injusta distincion del esclavo y del hombre libre, ha dicho á los hijos de Adán: «Vosotros sois todos iguales ante Dios, iguales en dignidad, iguales en la sangre redentora con que todos fuimos rociados. No hay judíos ni griegos, dice San Pablo, porque todos sois unos en Jesucristo.»

Nuestro Divino Salvador dió nueva base á la doctrina social, diciendo al hombre: «Tú serás hijo de tus obras. Tú serás de Dios, de tí mismo, esto es, de tus acciones.» Ved aquí la doctrina que ha fundado la independencía, la nobleza del trabajo y la dignidad del obrero.

Hay algunos, que de un modo inexplicable han desconocido esta verdad. ¿No habeis oido repetir en los salones de Europa la tan famosa como ridícula frase: *El hombre comienza en el baron?*

Ciertamente que no han de menospreciarse las nobles tradiciones de un pasado ilustre, ni las gloriosas genealogías que brillan en la historia; pero todos debemos á la humanidad el testimonio desprendido de los labios y del corazón de Cristo, de que ella es hija de Dios, de que todos descendemos de Adán y podemos aspirar á un mismo cielo. Estos pensamientos evangélicos consuelan al pueblo y le protegen, porque sólo ellos son capaces de revelarle el secreto de la fuerza y de la resignación.

Lo que ha de salvarnos, no es un cristianismo débil y enervado, sino serio y vivo, encarnado en las virtudes que más de cerca se relacionan con el pueblo y le inspiran el vigor, de donde nacen su dignidad y su alegría. Tened fé inviolable en el Evangelio, porque ante todo, es preciso que las clases superiores

marchen á la cabeza de la humanidad, sirviendo de ejemplo á aquellos á quienes quieren y deben guiar. ¿Qué influencia ni autoridad podrán ejercer sobre el pueblo, si no obran mejor que él? ¿Cómo enseñarles el camino derecho, si siguen torcidos senderos? ¿Con qué autoridad han de aconsejarle el trabajo y la economía, si pasan su vida en el despilfarro y la inaccion? ¿Se atreverán á reprenderle porque huelga el lunes, si ellas no hacen nada en toda la semana? Antes de acusarle de que se entrega á la prensa vulgar, es preciso que ellas abandonen la perniciosa literatura que enerva sus espíritus. ¿Cómo prohibirle que aplauda á las cantantes populares, si estas son aplaudidas en los grandes salones? ¿Cómo condenar sus diversiones públicas, mientras personas de posición acuden á los teatros á admirar la impudicia en toda su salvaje desnudez? No tienen derecho á acriminar al obrero de que se envilece y arruina en las tabernas los que en elegantes gabinetes sacrifican en una noche la honra de su familia y la fortuna de sus padres.

En presencia de estas costumbres modernas que se ostentan á los ojos de todos, ¿qué quereis que hagamos nosotros los apóstoles de la santa palabra? ¿Podemos ser cómplices del rebajamiento de esta sociedad, puesto que no nos es permitido tener dos doctrinas, la una para proteger la hipocresía de la falsa devoción, la otra para bendecir la cadena del pobre?

El Evangelio no es en nuestras manos un simple misal de la Edad Media, ni un discurso de tribuna. Es la luz universal, el sol que ilumina la mata de hierba y el cedro del Líbano, la eterna verdad que repite al rico sus deberes y al pobre sus grandezas. Aprended á conoceros y á amaros. Que el amor cristiano eche por tierra las falsas ideas de los unos y la bárbara repugnancia de los otros.

El Evangelio os dirá *que sois hermanos*, absolutamente semejantes, absolutamente iguales, sin que haya virtud, vicio ó derecho que no os sea comun. Todos, sin excepcion, estais sometidos á esta gran ley del trabajo que yo he proclamado y que vosotros, los ricos, podeis rehuir ménos que nadie, porque tambien habeis recibido vuestro salario, salario que, como decia un piadoso obispo, *cobrásteis adelantado*.

Salgamos al encuentro del obrero con verdadero cariño cris-

tiano, como nuestro igual que es ante Dios, para ayudarle sin humillarle; dirijámonos á él con franqueza y cordialidad; mostrémosle, en una palabra, el Evangelio en accion, y pronto desaparecerá su prevencion hácia nosotros, y su corazon será nuestro. El corazon es omnipotente en él, porque, en general, ha conservado sus virtudes.

Sí: miéntas otros las olvidaron, él las rinde fervoroso culto, ora dando con frecuencia lo necesario, cuando nosotros apénas damos lo superfluo, ora adoptando al huérfano extraño, ora cuidando asiduamente al vecino enfermo, ora prestando sumas cuya restitucion es insegura.

Buscadle en los retirados barrios donde sus sufrimientos se ocultan á vuestra vista; enviadle vuestros hijos con la investidura de San Vicente de Paul y vuestras hijas bajo el manto de la hermana de la caridad, y no sólo habreis cumplido con vuestros deberes de padres, enseñando á los que han de heredar vuestro nombre y bienes de fortuna las miserias de la vida, sino que habreis enviado al pueblo misioneros de paz que le aplaquen y civilicen.

¿No venció Cristo demostrando la fraternidad por el sacrificio? Pues vosotros que os teneis por solidarios de la religion y de la Iglesia, seguid el camino del Evangelio, y habreis hecho más en pro de la conciliacion de los espíritus, que con la demostracion irrefutable de la fraternidad del capital y del trabajo, la cual, por verdadera que sea, encuentra no pocos incrédulos.

Las almas elevadas que anhelan ver la consolidacion de la libertad en las instituciones, no deben olvidar más tiempo que la seguridad es la primera condicion de tal progreso.

Aunque consiguiérais esto, no por eso os atraeríais á las masas que viven de su trabajo, y que, nó habiéndoos encontrado en su camino, sin duda, os continuarían mirando con cierta prevencion. Es necesario que os dirijais á los jóvenes, que, ávidos de ciencia y de progreso, entran en la vida exentos de las preocupaciones de las generaciones que les precedieron. Multiplícadles los buenos libros, instruidles, sed sus iniciadores en todas las nuevas combinaciones del trabajo y del crédito. Instruíos también vosotros, á fin de que, apénas nazca un sofisma, sea inmediatamente refutado. ¿Será entónces posible que en el libre

campo de la discusion, la verdad, armada de la ciencia y de la abnegacion, sea vencida por el error? Seguramente que no; pero á condicion de no limitar su accion al estrecho círculo de los negocios personales, al amparo de esta triste máxima: «Cada cual para sí, y Dios y el Estado para todos.» Un cristiano no tiene derecho á desentenderse de la salvacion de sus hermanos ni de la de la sociedad, en cuyo seno vive.

¿Qué hacer, pues, para mejorar la conciencia y el espíritu de las nuevas generaciones? ¿Qué es lo que pasa?—El niño es recibido primero por el asilo, despues por la escuela. Viene en seguida la primera comunion para aquellos que aún tienen la costumbre de hacerla. A los trece años el adolescente se convierte en aprendiz, entrando en un taller y pasando, para amaestrarse en un oficio, tres ó cuatro años de tiempo y angustia. ¡Ah! Yo os pregunto: ¿hay figura más simpática y atractiva que la de la pobre criatura que se lanza tan jóven á las rudas faenas del trabajo? En Paris, la Sociedad de San Vicente de Paul, la de Aprendices dirigida por hermanos católicos, y muchas otras más, poseen casas en las que háse organizado una inteligente y afectuosa proteccion en provecho de estos niños. Allí son admitidos el domingo y el jueves; proporciónanseles diversiones honestas y medios de instruccion; y hasta se les defiende, caso de necesidad, contra el amo, á veces duro y demasiado exigente. Todo esto está bien, aunque no es todavía lo suficiente.

Pero trasformado el adolescente en obrero, y no respondiendo á sus necesidades la casa de los aprendices, conviértese en ella en extraño, abriéndose á sus ojos, en la costosa empresa de su elevacion moral y material, deplorable laguna, para cegar la cual nosotros venimos á ofrecer nuestra ayuda. Dueño de un salario el jóven, y entregado á sí propio, entra en el torbellino; y apoderados de él el despilfarro y el desórden, adios las buenas costumbres que le hubieran abierto el camino del bienestar y de la dicha.

¿Ni qué vale que á este Océano llamado Paris llegue un hijo de la aldea, adornado de todas las virtudes? El infeliz, falto de experiencia, delante de todas las seducciones del lujo y de todas las tentaciones de la necesidad, solo en la multitud y alejado de las ternuras del hogar doméstico, será bien pronto presa de groseros placeres, cuando no de terribles conspiraciones.

Para evitar tales inconvenientes, hombres de fé y de corazon han preparado á estos jóvenes, en un círculo cristianamente organizado, las dulzuras de la amistad y los goces de la inteligencia, á la par que las previsoras combinaciones de la economía moderna; en una palabra, todo lo que puede aportarle con el mayor bienestar el más fragante perfume de la familia y la más dulce esperanza del cielo.

Yo os suplico, ricos y poderosos del mundo, que os fijeis en esta obra que acaba de realizar en París el obrero cristiano y que le demostreis vuestras simpatías por tan generoso pensamiento, en nombre de Jesucristo y en el de la sociedad, pues que la salvacion social no es otra cosa que un aumento del reino de Dios.

La Iglesia tiene derecho á reclamar vuestro concurso. La esposa de Cristo, que bautizó á los pueblos bárbaros y fundó las sociedades de la Edad Media, se apresta á una obra fecunda en los tiempos presentes. El anciano augusto del Vaticano va bien pronto á ver alrededor de su sagrada cátedra al episcopado del mundo estudiando con él vuestras agitaciones actuales, vuestras crisis y luchas modernas (1). Con la verdad evangélica en la mano y la ternura de Jesucristo en el corazon, nos dirigiremos al pueblo, á los humildes y pequeños; les conduciremos al pié de la cruz y del tabernáculo; y allí, ayudados por vosotros, sostenidos por vuestros sacrificios y creencias, levantaremos el edificio del porvenir; en la seguridad de que, segun una bella frase, llevando anclas é inflando velas, la nave de la Iglesia pasará al través de los escollos, llevando sobre las espumosas ondas de la sociedad en peligro, la fé antigua y la civilizacion nueva en la fraternal reconciliacion de la fortuna y del trabajo, del obrero y del rico cristiano.

---

(1) Alude al Concilio del Vaticano, hoy todavía sin terminar.

# SECCION HISTÓRICA



## DOCUMENTOS HISTORICOS

### SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE

por el presbítero M. Lamazon, vicario de la Magdalena (1)

#### LA ROQUETTE.—ASESINATO DE LOS REHENES.—CUATRO DIAS DE AGONIA

Alumbraba la prision de Mazás un sol magnífico. Ibamos á regresar á París, del cual nos parecia hallarnos separados por mil leguas de distancia, á pesar de estar dentro de su recinto: volveríamos á ver á las personas que nos eran tan queridas, y á trabajar, cada uno segun sus fuerzas, por curar las múltiples llagas que moral y materialmente habia causado el más abominable y vergonzoso régimen que pesó jamás sobre pueblo civilizado. Todas mis penas, mis tribulaciones, mis angustias, las olvidaba ahora para abrir mi ánimo á la esperanza y á la vida. Oraba con el fervor de un desterrado, que, perdida la esperanza de volver á la patria, súbito se encuentra á punto de abrazar á los suyos.

Abrese la puerta de mi encierro á las diez ménos cuarto: un carcelero, para mí desconocido, me dice que recoja los efectos que me pertenecen, y le acompañe abajo. Iba, pues, á recobrar la libertad aún ántes de lo que imaginaba.

En breves instantes quedan empaquetados mis pocos enseres. Saco del bolsillo todo mi dinero, sin dejar más que lo preciso para pagar un coche, y dar al conductor buena propina. ¡Tan feliz era yo en aquel momento, que no podía olvidarme de los que me rodeaban! Distribuyo al llegar abajo todo el dinero; me encierran en una de las piezas del rastrillo de la prision, y á poco conducenme ante el director de ella, el cual me pregunta si tengo que hacer algunas observaciones. « La única, contesté, es que ignoro para qué se me ha traído aquí.» Su rostro y el de los que le rodeaban parecieronme muy feroces; mas no me causó extrañeza, pues sabia que, nombrados estos funcionarios por los insurrectos, no habia de serles grato ver á París entregado de nuevo á la Francia y al orden. A todos perdonaba en mi alma el mal que me habian hecho. Sorprendíame, sin embargo, el no ver bajar

(1) Véanse los números anteriores.

á Monseñor Darboy, ni á M. Deguerry, ni al P. Olivaint, ni á ninguno de los otros sacerdotes trasladados conmigo á la prision de Mazás desde la prefectura de policía. Veo de pronto un guardian, cuyo semblante me era conocido; preguntóle en dónde podría esperar al señor cura de la Magdalena; y saltándosele las lágrimas me contesta: «Ayer tarde partió con Monseñor el arzobispo y algunos otros; ¡que Dios se apiade de vos!»

La sensacion que su respuesta misteriosa y su consternado semblante produjeron en el hombre que en aquel mismo instante se creia tan venturoso, renunció á describirla. Fui á interrogarle, y desapareció por un corredor. ¿Qué es lo que á mis compañeros les habia pasado? ¿Qué es lo que podía pasarme á mí?.... Intenté en vano explicarme el misterio, que no alcanzaba á descifrar. Mas de repente resonó en mi oído, como el trueno que acompaña al rayo, una sola palabra pronunciada por labios desconocidos: ¡La Roquette!.... A esta voz de fuera responde en el acto esta otra voz interna: ¡La Roquette! ¡la prision de los condenados á muerte!.... El golpe que me heria y me lanzaba á un abismo más horroroso que aquel de donde creia haber salido, era sobrado fuerte para desconcertar á cualquiera naturaleza, aunque fuese de más temple que la mia. Confundido, anonadado, en medio de los agudos dolores y crueles alternativas que durante dos meses me agobiaban, tenia al ménos ahora la triste ventaja de saber á qué atenerme: dábame la conciencia testimonio de que era victima fiel á mi deber; fortificábase mi valor á vista de los muchos ilustres cautivos que habian padecido más que yo, y me habian dado ejemplos sublimes para saber morir como francés y como sacerdote. Exclamé entónces con el rey profeta: «En vos, Señor, pongo mi esperanza; vos sois mi Dios; en vuestras manos está mi suerte.» Bastó elevar mi corazon á Dios, para darme la serenidad y firmeza de la resignacion cristiana.

Al ser encerrados en las jaulas del vestibulo de la prision de Mazás, el carcelero encargado de nosotros, apretándome con disimulo la mano, me hizo saber que Monseñor Darboy, M. Deguerry y otros varios rehenes habian marchado á la Roquette por orden firmada por Dacosta, el seide de Raoul Rigault, en nombre del Comité de salud pública, y que nosotros íbamos á ser llevados al mismo punto. El apretón de su mano y la consternacion de su semblante me hablaron con más elocuencia que cuantas reflexiones pudiera haberme manifestado. Por una providencial dicha volvió á hallarse M. Amodrú en la jaula inmediata á la mia: eran nuestros juicios los mismos respecto de lo que acontecia, y pudimos darnos la absolucion el uno al otro, gracias á los signos en cuyo empleo nos habíamos convenido. Para comprender la nada de las cosas humanas, es menester hallarse en presencia de la muerte: entónces la oracion, el arrepentimiento, el perdon á los hombres, la completa confianza en la misericordia divina, se presentan con todo su poder á nuestra alma.

Abriáanse poco á poco las jaulas, y con lúgubre estrépito vol-



víanse á cerrar; y halléme por fin en medio de los rehenes que iban á ser trasladados á la Roquette. Grande sorpresa me produjo la completa ilusion en que varios de ellos se hallaban acerca de nuestra suerte; obstinándose unos en creer que nos iba á ser devuelta la libertad, y no comprendiendo otros absolutamente el objeto de nuestra salida para la prision de los *condenados á muerte*. No habia llegado todavia el fatal momento de desengañarlos: yo me proponia abrirles los ojos más adelante, para que viesen la triste realidad.

Juzgué ante todo que, á la vista de una cercana muerte, debia como cristiano modificar mi conducta; y si hasta entónces habia ofrecido ante los agentes de la Commune una actitud enérgica, y áun habládoles con indignacion á veces, adopté ya el propósito de hablar poco, orar mucho, alentar á los compañeros que lo necesitasen, y robustecerme con la paciencia y la mansedumbre respecto de nuestros perseguidores. El jóven y caritativo farmacéutico de la prision, que con tanto júbilo nos habia anunciado el día ántes nuestra libertad próxima, para darnos ahora un testimonio de su penosa simpatía, se habia colocado en un rincon del vestíbulo, desde donde nos contemplaba con amargura: y en un tiempo en que un solo gesto compasivo podia calificarse de traicion ó crimen, esta demostracion de su afecto era más aún que una accion buena, era un acto de valor generoso. Ocho dias despues, en la capilla subterránea de la Magdalena, un jóven, de rodillas, junto al cadáver de M. Deguerry, me detenia para expresarme á la vez su dolor y su alegría. Era el farmacéutico de Mazás.

Esperábanos en el primer patio una carreta rodeada por guardias nacionales; y al momento que la ví, me asaltó el recuerdo de aquellas que en los dias del terror conducian á la muerte las víctimas de otro Comité de salud pública, llevando la misma direccion que íbamos á seguir nosotros, la de la *Barrera del trono*. Para ninguno de aquellos que conociera nuestra historia revolucionaria podian pasar inapercibidas estas coincidencias. Subió una quincena de prisioneros á la carreta, y entre ellos M. Chebriot, el provisor del Liceo de Vauvés, que llevaba con valentía la insignia de la legion de honor; el padre Bauzin, jesuita; el director de San Sulpicio, M. Bacués: é iban asimismo un honrado obreiro y algunos guardias nacionales, sin más culpa que no haberse prosternado ante las aras del ídolo del día; pero la mayor parte eran eclesiásticos.

Hízosenos saber que si el dia anterior por la tarde no habíamos sido conducidos á la Roquette en pos del primer convóy de los rehenes, fué por haber faltado para la traslacion un tercer carruaje.

Los prolongados rigores del régimen carcelario habian hecho sufrir mucho en Mazás á monseñor Darbois, monseñor Surat, M. Deguerry y M. Bonjean: en especial habian trastornado la salud del arzobispo, hasta el punto de que fué forzoso aplicarle un vejigatorio ántes de su salida para la Roquette. Mas todos se mos-

traron, por su paciencia y su firmeza, superiores al infortunio (1).

M. Deguerry, al ver á M. Perny y M. Houillon, misioneros apostólicos de la China, á quienes la Commune con salvaje estupidez prendió á su paso por París, decia con su habitual ingenio dirigiéndose á monseñor Darboy: «Mirad; ¿no es chistoso? ¡estos pobres orientales vienen á París á buscar el martirio!»

Cabalmente M. Perny, sacerdote de la congregacion de las misiones extranjeras, de una rara erudicion y mérito, habia llegado á Francia para publicar unos trabajos científicos; y dirigiéndose el mártir santo, 4 de Abril, con su compañero Houillon, á la biblioteca de Santa Genoveva, fueron detenidos ambos en la plaza del Panteon por unos guardias nacionales medio ebrios, que colmándolos de injurias y amenazándoles con el revólver, los llevaron á uno de los puestos de los insurrectos, que se hallaba establecido en el grande edificio de los jesuitas de la calle de Lhomond, en donde fueron testigos del pillaje y devastacion de este santuario de la abnegacion y la ciencia; pues bajo el régimen de la Commune habíanse elevado la arbitrariedad y el capricho á proporciones tales, que cualquiera arrestaba y cualquiera tambien era arrestado. Para atreverse á todo bastaba llevar un kepis y ser un perverso. Las más sagradas leyes naturales eran holladas con ignominia: ni habia seguridad ni pudor: todo era anarquía y salvajismo: aquello, en fin, era el caos.

El primer convoy de los rehencs tuvo que sufrir en el tránsito de Mazás á la Roquette los ultrajes y amenazas de un frenético populacho. Muchachos haraposos, hombres de blusa, mujeres convertidas en furias, querian detener los carruajes, gritando en torno de ellos: «¡Abajo los *chuanes*! ¡Abajo los capigorriones! ¡Que no pasen más adelante! ¡Aquí mismo los haremos pedazos (2)!»

En verdad que tal monstruosidad era por demas irritante; pero faltábanos aún sufrirlas más atroces, á saber: los atropellos, no ya del populacho solamente, sino de los mismos guardias nacionales encargados de conducir y custodiar nuestras personas. Era inexplicable la odiosa actitud de la chusma, si no se la consideraba extraviada y sobreexcitada en todos los malos instintos por las intencionadas predicaciones demagógicas; pero el vernos amenazados y ultrajados vilmente por la misma fuerza armada que

---

(1) Es conocida la última carta que el Sr. Presidente Bonjean escribió á su hijo. Todo su espíritu está resumido en el siguiente pasaje:

«Querido hijo: permaneci en mi puesto; y otra vez volviera á hacerlo, por dolorosas que hayan sido para mi queridísima familia las consecuencias. Esto consiste en que, como tú seguramente lo comprenderás, cuando se cumple con el deber, hay una interior satisfaccion, que nos hace sufrir con paciencia y mansedumbre los más acerbos dolores. Las palabras del sermón de Jesús en la montaña, cuya sublime filosofia nunca habia comprendido como ahora, dicen así: «¡Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia!» Este mismo pensamiento quiso expresar sin duda Sydney bajo otra forma, cuando riendo al bajar la escalera de la torre de su prision, y mostrando por ello admiracion sus amigos, les contestó: «Amigos míos, es preciso cumplir con el deber, y hasta en el cadalso permanecer contentos.»

(2) En su declaracion ante el tercer consejo de guerra dijo M. Perny palabras involuntarias, que resumen con elocuencia sencillez la fisonomia de los demagogos, la excitacion de las pasiones, el frenesi del populacho, y en fin el estado social del tiempo de la Commune: «Veinticinco años he vivido en medio de salvajes, y nunca he visto cosa tan horrible como aquellas caras de hombres y mujeres encarnizadas contra nosotros en el tránsito de Mazás á la Roquette. (Audencia del 9 de Agosto.)

habia recibido la mision oficial de escoltarnos hasta el lugar del suplicio, es cosa inaudita y que carece de toda explicacion. Tal grado de cinismo no le concebía yo en la naturaleza humana; y al contemplarlo, me sentia más humillado todavía que lleno de indignacion. Uno de aquellos tigres, con su *kepís* y *chassepot*, decía: «¡Ah, ciudadanos! ¡Contábais con la llegada de los asesinos de Versalles! Pues sabed que esta mañana los han destrozado nuestras ametralladoras en la puerta de Auteuil. Veinte mil prisioneros han caido en nuestras manos; y los *chuanes* y sus cómplices alcanzarán la suerte que merecen.»

Éxasperado por tanto sufrimiento un eclesiástico del barrio de San Antonio, tomó la defensa del ejército de Versalles; pero procuré persuadirle de que el silencio y la reserva eran el proceder más digno y seguro para nosotros.

Pregunté á un guardia nacional que á mi lado se hallaba á qué cuartel pertenecía, y respondiome que al batallon de Charonne; y con esto comprendí lo que á cada momento se patentizaba más y más: que los antiguos suburbios y barrios extramuros tenian dominado y amedrentado á Paris; y que no eran ya los barrios de San Martin, San Antonio y San Marcial los verdaderos dueños de esta ciudad infortunada, sino los ciudadanos de Belleville, Montmartre, La Villette, Menilmontant, Charonne y Montrouge; es decir, los pueblos que hace algunos años formaban municipios separados de Paris, y que á su anexion opusieron la más viva resistencia. El jefe del segundo imperio, por el fausto de residir y reinar en una capital de dos millones de habitantes, habia agregado á ella violentamente los centros de poblacion de su alrededor, queriendo eclipsar á Babilonia y Roma antigua; y siendo necesario para recorrer la gran metrópoli y para ir á respirar el fresco ambiente de Boulogne abrir boulevares inmensos, ornados con suntuosos edificios, y poblar las anchas avenidas con todos los ricos ociosos del mundo, habia convocado de los cuatro vientos legiones de obreros, que, como ejército formado en batalla, se concentraban en la zona de anexion. Yo, aunque humilde periodista, habia señalado ese grande peligro social durante el imperio; á saber, la tendencia á dividir á Paris en dos partes: una poblada de la clase media y de la aristocracia, y otra poblada de obreros, de gente sin oficio y de los descontentos de todo el mundo. Y mis tristes previsiones y mi oposicion, á aquellas imprudentes medidas tuvieron por premio advertencias oficiales, visitas domiciliarias y ocupacion de la imprenta. La politica del imperio habia, pues, sido funesta para la Francia; y no logró la represion otra cosa que bastardear los caracteres y ayudar á la organizacion de todo género de conspiraciones sociales. No fué ménos funesta bajo el aspecto religioso, pues los acontecimientos de Roma, resultado infeliz de una diplomacia hipócrita y aventurera, difundieron la perturbacion en las conciencias; y el clero, que en 1848 fué tan respetado, se veía ahora blanco de odios y prevenciones, cuyos amargos frutos se cosechaban en estos momentos. Por último, desacertada debió de ser también la direc-

cion militar del imperio, cuando la Francia, poco há tan poderosa, véase ahora destrozada, aniquilada y humillada por el extranjero.

Como tributo de honor á los eminentes hombres de Estado á quienes me había adherido para oponernos á la marcha del imperio, consigno la declaracion precedente; y debo añadir que en aquel punto, en que me juzgaba vecino á la muerte en el rincón de un calabozo, y próximo á dar severa cuenta de mis acciones al Juez Supremo, léjos de arrepentirme del proceder, que algunos amigos míos y superiores eclesiásticos habian censurado como hijo de la pasion política, todo en Francia, en París, en Mazás, en la Roquette, venia á confirmarme en la idea de que no me habia equivocado, y de que, por el contrario, habia servido á la causa de la religion y de la patria.

A pesar de lo dicho, una de las razones que el delegado del comité de salud pública me dió para cohonestar mi arresto, fué que yo era un infame *bonapartista*; pues tal era muchos años hacia la pérdida consigna de la demagogía contra el clero. El 4 de Setiembre, á las dos de la tarde, hallábame cerca del puente de la Concordia en compañía del presbítero M. Huret, uno de mis colegas más distinguidos y ménos favorables al régimen imperial; y con grande interes y emocion discurríamos acerca de las peripecias de una revolucion, que al principio se creyó espontánea y que, sin embargo, fué preparada y combinada por los agentes de la República radical con habilidad pasmosa hasta en sus ínfimos pormenores, cuando de pronto abandona sus filas uno de los oficiales de la guardia nacional, dirigese contra nosotros, y exasperado como un energúmeno, exclama «¡Al Sena los defensores de Bonaparte!» Y faltó poco para que tal proyecto quedara en el acto ejecutado. Era evidente que para amotinar contra el clero la plebe de París habíase insistido con ahinco en persuadirla de que existía una mancomunidad completa entre la Iglesia y el Imperio.

---

Al llegar á la Roquette, aquellos guardias nacionales que no nos habian prodigado insultos, ayudaban á los seglares á bajar de la carreta, que no tenia estribo; pero cuando llegaba el turno á un eclesiástico, no le prestaban este servicio. Al fin descendimos todos, y túvosenos encerrados más de hora y media en una angosta sala, en que ni de pié cabíamos; y como hacia ya más de cinco horas que habíamos salido de los calabozos de Mazás, algunos sacerdotes ancianos (perdónesenos este pormenor repugnante, porque sirve para expresar las mortificaciones de todas clases que se nos prodigaban) pidieron que se les condujera al lugar secreto; y despues de una tardanza prolongada se colocó un asqueroso servicio en medio de la sala. Mientras permanecemos en la Roquette, sólo un repugnante instrumento de esa clase colocado en medio de una sala infecta del tercer piso es lo que conocieron cien militares, diez eclesiásticos y algunos guardias nacionales, en vez de ese lugar que en idioma inglés y aleman se apellida

con un pudoroso nombre, que equivale á «lugar bien cerrado; lugar bien escondido.»

El tiempo que estuvimos en el vestíbulo no pudo llamarse perdido, puesto que lo empleamos en conocernos y animarnos unos á otros. ¡Qué expansivos se hacen entre sí los hombres en la escuela de la desgracia, sin que á ello se opongan las diferentes edades y condiciones! Los que no creían en un próximo peligro, al fin se desengañaron; y para probar cuán profundamente arraiga la esperanza en el corazón del hombre, debo añadir que participaban de las influencias de los optimistas hasta aquellos que abrigaban las más negras convicciones. Pero de todos modos á nadie faltó firmeza ni paciencia.

Abierta por fin la puerta del vestíbulo, llamó á los presos un ciudadano con pantalones, cinturón y corbata rojos: era el ciudadano *Francois*, director de la *Requette*, que cuando estaba beodo, en vez de contentarse con encerrar simplemente las víctimas de la *Commune*, hacía sufrir con revólver en mano un amenazador interrogatorio. Sabido es por todos los que conocen la historia de París, que al morir á fines del imperio los zapadores-bomberos, un puñado de revolucionarios tomaron por asalto el puesto de aquellos; y los corifeos de la revolución fueron el *General Eudes* y el ciudadano *Francois*; y aún tenía otros títulos más á la confianza de la *Commune* el director de Mazás: de modo que los rehenes hallábanse á buen recaudo.



## CRÓNICA Y VARIEDADES

### ACTA NOTARIAL

de la recepción, sepelio y exequias del Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, levantada por el Notario de Fregenal Wenceslao José Carvallo, á impreza en la misma villa (hoy ciudad) en el establecimiento de Cristóbal Navarro.

En la villa de Fregenal de la Sierra, cabeza de partido judicial, en la Provincia y Obispado de Badajoz, á los veinticuatro días del mes de Enero de mil ochocientos setenta y tres. NOTORIO sea á todos los que esta Acta Notarial vieren, oyeren y entendieren de generacion en generacion, como habiendo ocurrido, en la villa y corte de Madrid y su calle del Almendro, número seis, principal, entre once y doce de la mañana del día 10 de este mes, la muerte del Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, notable jurisperito, distinguido Fiscal de la Audiencia de Cáceres, Presidente que fué de las Cortes españolas, Senador del Reino, Diputado en varias legislaturas, cuatro veces ministro de la Corona, en una de ellas presidente de su Consejo, caballero

grán cruz de la orden de Carlos Tercero, y de la de Pio Nono, etc., etc., el cual nació en este pueblo, en la calle que lleva hoy su nombre, ántes el de Jara, número dos, el día nueve de Junio de mil ochocientos tres, y se bautizó por su tío el presbítero D. Juan Manuel Bravo Mendez, en el siguiente, en la parroquia de Santa Ana, hijo legítimo del profesor de latinidad D. Vicente Bravo Mendez y de Doña Maria Manuela Murillo, ya difuntos, *La Corporacion Municipal* de esta Villa, haciéndose eco del sentimiento general y unánime de este vecindario, y solicita por tributar á los restos inanimados de tan ilustre patricio, de ese genio hijo del pueblo, que supo conquistar tan alto nombre del mundo social y político, sólo por el camino de la ciencia y de la virtud, realzadas con los mejores sentimientos de caridad cristiana y admirable modestia, luego que esta triste nueva, esparcida con demostraciones de profunda pena y disgusto por la prensa de todos matices, en esta época de libre pensar y escribir, se confirmó por las cartas de dos albaceas, en las cuales comunicaban además la voluntad del Sr. Bravo Murillo, de que se trasladase su cadáver embalsamado á esta villa, y se le diese sepultura eclesiástica, colocándole en un modesto mausoleo, al lado de las cenizas de sus padres, bien en el templo de Santa Ana, á ser posible, ó bien en el cementerio rural, *provocó*, por medio de invitación escrita, una reunion numerosa de los vecinos de esta cabeza de partido, en que se hallaban representadas todas las clases de la sociedad, la noche del catorce de este mismo mes, con el objeto de acordar lo conveniente para recibir el cadáver y celebrar sus exequias ú honras fúnebres de una manera tan digna como dignos fueron sus servicios por la patria, y como exigia la consideracion, respeto y cariño del pueblo que le vió nacer. Fué tal la concurrencia habida, que por primera vez acaso, y contra lo que acostumbramos á presenciar, se llenó completamente la espaciosa sala de sesiones y sus accesorios, á términos de no poder penetrar algunas personas en el local: allí estuvieron los señores jueces de primera instancia y municipal, el promotor fiscal y el registrador de la propiedad, todos con el carácter solo de juriscultos ó compañeros de profesion del finado; el señor vicario arcipreste, los abogados D. Rodrigo y don Gonzalo Sanchez y Arjona; el diputado provincial por Monesterio, D. Manuel de Velasco y Jaraquemada, el electo por Burguillos D. Nicanor Galan y Prats, varios oficiales del ejército, retirados, muchos individuos del clero, los notarios, propietarios, comerciantes, labradores, artesanos y obreros, todos deseosos de cooperar al propósito y fines indicados. Presidia esta junta el ilustre Municipio, compuesto de los señores D. Eusebio Carbajo y de Herrera, alcalde primero, los tenientes D. Francisco Sanchez Arjona, D. Juan de la Cruz Adame, D. José Amador Ortiz, el regidor síndico D. Antonio Morales Bravo y los regidores D. German Rubio, D. José Jimenez Brioso, D. Severiano Villa Delgado, D. Francisco Agudo y Rubio, D. José Rubio Moreno, D. José Carballar Cumplido y D. Manuel Diaz Reyes, y como secretario D. Tomás Parra y Rey.

Empezado el acto, el señor presidente, que ya se habia apresurado á pedir, en nombre del pueblo, las cenizas del finado, en el momento que tuvo la primera noticia, dirigiendo atentas comunicaciones al Sr. Gobernador, y Prelado, explanó con lucidez su pensamiento y el objeto de la Junta; y des-

pues de una ligera discusion en que se tributaron á los antecedentes del señor Bravo Murillo los elogios merecidos á su fama europea, se convino y acordó, por aclamacion, dirigir telégramas á los albaceas para averiguar el dia fijo de la llegada del cadáver, nombrar una comision que fuese á recibirlo á la estacion de Mérida, otra más numerosa al confin del término municipal, y después le esperase en las inmediaciones de este pueblo el clero de las tres parroquias, con las cofradías todas, los niños de las escuelas, y los pobres que quisieran asistir con hachas ó velas para darles la competente limosna por cuenta del municipio. Tambien se acordó depositar provisionalmente el cadáver, para hacer despues su traslacion solemne y en forma de entierro á la parroquia de Santa Ana, donde se verificará el sepelio, colocándole en una de sus antiguas bóvedas, hasta que construido el modesto mausoleo, y conseguida la real orden permitiendo su sepultura en la iglesia, quedase allí definitivamente, y se celebrasen honras fúnebres por espacio de tres dias con asistencia tambien de todo el clero, y el mayor aparato y pompa posibles. Para llevar á cabo todo esto, y á propuesta de una comision nominadora, se eligió una Junta de ejecucion directiva y auxiliar del municipio, invistiéndole de amplias facultades, á fin de que llenase decorosamente su cometido. Componian esta Junta D. Rodrigo Sanchez Arjona, D. Juan de la Cruz Gonzalez, D. Juan Paulino Dominguez, D. Alejandro José Perez, D. Antonio Bravo Dominguez, D. Norberto Bengoechea y Jarillo, D. Gonzalo Sanchez Arjona, D. Máximo Perez Valero, D. Francisco Agudo Borrachero, D. José Siméon Rodriguez y Wenceslao José Carvallo, quienes representan todas las clases de esta localidad. Se autorizó tambien por unanimidad y aclamacion al Ayuntamiento para hacer los gastos necesarios con cargo al presupuesto municipal, lo que despues se ratificó por los señores asociados conforme á ley.

En aquella misma noche é inmediatamente despues de terminada la numerosa reunion á que alude el párrafo anterior, se constituyó en sesion el Municipio é individuos de la junta ejecutiva, y deliberaron subdividirse en pequeñas secciones, para realizar mejor los trabajos, que débian empezar al dia siguiente, dejándolas nombradas ántes de retirarse, así como las comisiones que saldrian á Mérida y al límite del término.

Con noticia de que el cadáver habia salido de Madrid en la noche del diez y seis, despues de los funerales allí celebrados en la parroquia de San Pedro, partió en carruaje el diez y siete la comision que debia esperarle en Mérida, compuesta del Sr. D. Mauuel Martinez Guerra, párroco de Santa Catalina, de D. José María Chamorro y de D. Federico Sanchez Arjona y Velasco, quienes en virtud del encargo que se les diera avisaron con propio su llegada á Zafra, con la demas comitiva acompañante, entre cuatro y cinco de la tarde del diez y ocho, y que al siguiente dia diez y nueve á la una estarian en el límite del término. Mediante tal aviso, salió tambien en carruajes la segunda comision, compuesta de los señores siguientes: el Sr. Alcalde, presidente, el diputado provincial del distrito D. José Sierra, el de Monesterio D. Manuel de Velasco y Jaraquemadá, estos dos últimos señores por sí y á nombre de la diputacion provincial, que les autorizó expresamente para representarla en este acto y en los demas de los funerales; D. Francisco Crespo y Crespo, vicario arcepresbitero de este partido, por sí y representando al Ilmo. Sr. Obispo de Ba-

dajoz, que le comisionó tambien para el recibimiento y exequias; D. José Antonio Castellano, juez de primera instancia, D. José Suero, juez municipal, estos como abogados; D. Antonio Bravo Dominguez, fiscal municipal, don Rodrigo Sanchez Arjona, propietario, D. Norberto Bengoechea, militar retirado, D. Pedro Sebastian, comerciante, D. Pedro Sevilla, D. Baldomero Amador, D. Ciriaco Duran, D. José Alejandro Perez, artesanos, y D. Galo Luna, jornalero. Tambien acompañaron á esta comision los parientes más inmediatos y caracterizados del finado, D. Vicente Granero Bravo, D. Carlos y don Francisco Montero Hidalgo, el presbitero D. Santos Bravo y D. Cecilio Puga, á quienes al efecto se habia invitado con oportunidad.

Cuando se acercaba la hora competente en que debia verificarse la entrada, se reunió el clero en la iglesia de Santa María, con sus tres cruces parroquiales, las cofradías, algunas con sus estandartes, el Sr. Canónigo don Manuel Pinto Diaz, el Ayuntamiento, los titulos de Castilla señores Marques de Riocabado, Marques de Paterna y Conde de Torrepilares; cuatro de los cinco Notarios del distrito, muchos forasteros, los niños de las escuelas, los pobres con velas y el vecindario en masa, ávidos todos de tributar los respetos de su homenaje al eminente patricio, consumado hacendista y gloria de la nacion, que aunque cadáver merecia sus admiraciones. A las tres de la tarde marchó procesionalmente toda la concurrencia por la salida natural del pueblo que indica el camino de Zafra hácia la parte Norte. Tambien iba la banda de música con su instrumental enlutado; pero esta tuvo que retirarse, á virtud de un aviso que adelantaron los albaceas, de que la habia prohibido el hoy finado en su disposicion testamentaria. Se hizo alto en el puerto donde cruza el camino de Valencia, y solo se adelantaron algunos parientes del señor Bravo Murillo y la hermandad de San Diego, llamada de la Caridad, que tiene por estatutos el deber de ser la primera en acompañar los cadáveres de los que fallecen fuera del radio de la poblacion.

A las cuatro y treinta y tres minutos asomaron, allá á lo lejos, los coches de las Comisiones y un carro del país, entoldado de negro, por no permitir otra cosa el mal estado de los caminos y el peso enorme de la caja. Con lentitud fué aproximándose al punto indicado todo el acompañamiento que se esperaba, y á la señal que hizo la campana del Municipio, todas las demas de las parroquias é iglesias del pueblo empezaron á tocar á muerto. Llegó el momento, y el pueblo todo, al ver la caja que conducia los restos del varon insigne, del hombre honrado, perseverante y científico, de tanta valia, de su hermano, en fin, quiso penetrar en el carro para llevarle en hombros, siendo preciso que la Guardia Civil con la sensatez y moderacion que la distingue, los agentes de la autoridad y otras personas caracterizadas, se interpusieran para evitarlo. Estaba todo preparado para bajarle y colocarle con decencia, y que el clero entonase el primer responseo; mas fué imposible, por las gentes que se agolpaban, porque era expuesto abrir la caja en aquellos momentos, y porque ademas caia una lluvia pertinaz, aunque ligera. Venian acompañando el cadáver desde Madrid y hacian el duelo con las comisiones, ademas de los criados de honor y de algunos amigos particulares, los albaceas Excmo. Sr. D. Nicolas Hurtado, diputado y vice-presidente del Congreso en anteriores legislaturas, y D. Manuel Camacho, abogado é hijo tambien de



este pueblo, y los sobrinos carnales del difunto D. José María Estévan Brayo y D. José Fernandez Bravo, todos los que recibieron al clero, á las comisiones, al ayuntamiento y á las demas personas que le fueron presentadas por nuestro alcalde, con la finura que aconseja la más exquisita educacion, y con las muestras más señaladas de distincion y agradecimiento.

Con mucho trabajo se formó y puso en marcha paulatinamente el cortejo fúnebre, la nueva carretera caminando, que guia á la provincia de Huelva, hasta donde hace el cruce con la otra carretera de Sevilla, la cual por cierto se debe á los esfuerzos del que fué ministro de Fomento, Instruccion y Obras públicas, y que á la Providencia solo plugo permitir que la pasease despues de muerto y embalsamado. ¡Imposible seria describir las demostraciones de simpatía, á la vez que de sentimiento, hechas por los hijos de Fregenal, al llegar á la entrada del pueblo en la calle que llaman de Segura, el cadáver del que fué su hermano D. Juan Bravo Murillo! ¡Sólo formarán idea exacta de ello los que, como nosotros, lo han presenciado!..... Tampoco allí fué conveniente descender del carro la caja para evitar conflictos, porque muchos á porfía deseaban llevarle en hombros. El clero entonó entónces un solemne responso, y momentos ántes del toque de la oracion, á las cinco y veintiseis minutos de la tarde, hizo su entrada en la villa el que vió en ella la luz primera en mil ochocientos tres; salió de colegial precisamente por la misma calle, y volvía cadáver despues de haber ocupado tan altos puestos en la república de las letras.

No hubo ménos trabajos para subir á la Plaza pública; cada cuatro pasos tenia que hacer alto el cortejo fúnebre, porque lo impedía la muchedumbre, y algunos admiradores del finado impelian el carro en la cuesta de dicha calle. Una vez en la Plaza, se cantó otro responso que se confundia con el doblar de las campanas, tomando la comitiva por la calle de Jara de Santa Maria, despues la de Bravo Murillo, ántes Jara de Santa Ana, hasta llegar á la casa ya dicha, número 2, que es ahora escuela de niñas, donde nació el que conducíamos cadáver. En esta casa está acordada la colocacion de una lápida que immortalice este hecho: de allí, despues de otro responso, y por la calle que dicen de Doña Leonor, penetró en la que llaman Corredera, donde se sitúa el convento de Monjas Agustinas, fundado por D. Alonso de Paz, otro hijo ilustre de este pueblo, en cuya iglesia tenia preparada una cama imperial, próximo á la cual se colocó la caja, conducida en hombros desde la calle por una porcion de hombres que se disputaban el honor de llevarla. Eran las siete y quince minutos, cuando ocurría este depósito provisional; y cuatro municipales con su cabo se encargaron de la custodia del féretro. Las monjas, confundiendo con el clero sus dulces, pero tétricos cánticos, entonaron en esta noche su último responso por el alma del que tuvo siempre para ellas gratos recuerdos, y que yacia ahora á su presencia encerrado en los estrechos límites de una caja. Fué tambien de todo punto imposible descubrir en estos momentos el cadáver, porque en el templo no se podía penetrar, lleno literalmente de personas de todos sexos, que se acumulaban rápidamente y como por encanto. Se dejó, pues, esta operacion para las nueve de la noche, á indicacion de los albaceas y del Sr. Alcalde. Constituidos estos de nuevo y á dicha hora en la iglesia del convento, ya más despejada, con los

dos diputados provinciales, segundo alcalde, varios regidores; algunos individuos de la comision, de la familia y sobrinos del finado, con otras muchas personas, á mi presencia, como notario, invitado al efecto, se procedió á la apertura de la primera caja de madera, que venia pintada de negro al exterior, cuya llave facilitó el albacea Sr. Camacho: despues de esta caja, se vió otra que llamaremos la segunda, forrada en rico terciopelo con ancho galon de plata, grande y blanca botonadura, elegantes aldabones, y una cruz de mérito en el centro. Extraida esta segunda caja de la de madera, facilitó la llave de sus cerraduras el otro albacea Sr. Hurtado, y levantada y separada la tapa, se observó con efecto, á través de una plancha de cristal colocada en la parte superior de una tercera caja de plomo, que no se extraia de la segunda, el cadáver del que fué Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, el cual reconocí yo el notario perfectamente, por haberlo conocido y tratado en vida. Vestia el uniforme de ministro de la corona, y lucia la banda de Carlos III y la del inmortal Pio IX. Se expuso en la ya dicha segunda caja sobre el pavimento, enlutado con paño negro, y lujosos almohadones que se tenian preparados, para que el pueblo le pudiese examinar más de cerca al lado de la cama imperial, sobre la cual se colocó la tapa de la misma caja, y en ella como trofeos el sombrero y espadin de ministro, que tambien venian, y una preciosa corona de siemprevivas, regalo del Sr. Hurtado. Se dejó la guardia indicada de cuatro municipales y un cabo con hachas ó blandones encendidos, y la familia del finado quedó acompañándole toda la noche, retirándose á descansar la concurrencia. Así terminaron los actos del dia del recibimiento, domingo diez y nueve de Enero.

A las diez de la mañana del lunes veinte, debió celebrarse, segun lo acordado, la traslacion á la parroquial de Santa Ana; pero cediendo á las reiteradas súplicas de la comunidad, ansiosa de dirigir al Todopoderoso fervientes oraciones por el alma del Sr. Bravo Murillo, en presencia de su cadáver, se celebraron solemnes honras con asistencia de todo el clero, albaceas y parientes, así como con la del municipio y otras muchas personas, tantas cuantas permitia el pequeño templo; cuyas honras terminaron á las dos de la tarde. Durante todo ese dia, y parte de la mañana siguiente, mártes, veintiuno, estuvo siempre concurridísima la iglesia por personas de todas clases, que iban á reconocer á su paisano, aunque muerto, y rogar á Dios por su eterno descanso.

Convenientemente preparado todo para celebrar con solemnidad la traslacion entre diez y once de la mañana del ya dicho dia veintiuno, salió del grande y hermoso templo de Santa Ana, en procesion fúnebre, todo el clero con la cruz parroquial, los diputados provinciales por sí y á nombre de la diputacion, la autoridad civil, el ayuntamiento, el Sr. Vicario arcipreste con tal carácter y con el de representante del prelado, el Sr. Juez de primera instancia, el Municipal y el promotor fiscal, como entidades forenses, el procurador decano, el delegado notarial D. Juan José Mendez, en representacion del colegio, el médico titular Sr. Rubio, todos los individuos de las distintas comisiones, los de las de algunos pueblos inmediatos, los amigos del señor Bravo Murillo, que le acompañaban desde Madrid y varios puntos, muchos forasteros, los pobres de solemnidad con velas encendidas, la familia con

los albaceas, y el vecindario casi íntegro, al cual se había invitado por lujosas papeletas impresas. Ya en la iglesia del convento, diez parientes del finado cogieron á hombros la caja funeraria, á la cual se habían colocado las cuatro cintas de costumbre, que tomaron las dos de la parte superior, los títulos de Castilla señores marqués de Riocabado, ex-diputado á Córtes, y el conde de Torrepilares; y las de la parte inferior, el registrador de la propiedad y D. Gonzalo Sanchez Arjona, abogados. Marchó el cortejo fúnebre por la Corredera hácia la parte del antiguo colegio de jesuitas y calles de la Compañía y Pozo, en cuyo tránsito se cantaron varios responsos. Componían y presidían el duelo el Sr. Alcalde, los albaceas, el decano de los abogados de esta cabeza de partido, D. Bartolomé Claros, y los parientes del finado, á cuya cabeza iban los dos sobrinos venidos de Madrid Sres. Fernandez y Estévan, y los de esta villa, Sres. D. Carlos y D. Francisco Montero Hidalgo, D. Santos Bravo, presbítero y D. Cecilio Puga. Con proximidad seguían después diferentes abogados de esta poblacion y su distrito. A la puerta del templo de Santa Ana, el licenciado en derecho, D. Ignacio Velasco y Gutierrez leyó un correcto discurso, recordando las páginas más gloriosas en la historia del Sr. Bravo Murillo, y llorando la irreparable pérdida de este gran genio; discurso que debió aplaudirse, y se hubiera aplaudido, sin duda, á no ser por la seriedad del acto. Así entró en el templo de Santa Ana el que, siendo niño, salió de él hace hoy sesenta y nueve años, siete meses y doce días, despues de recibir las aguas del bautismo, y el que ahora cadáver, busca su tumba al lado de esa fuente saludable, en que empezó á reconocer á Jesucristo. ¡Dichoso el que recorra con tan feliz resultado, el glorioso paréntesis que existe entre la cuna y el sepulcro de este gran hombre, imitándole en su sabiduria, en su honradez, en sus virtudes y en su modestia!

La iglesia estaba colgada de luto, y en su capilla mayor se elevaba un elegante y suntuoso catafalco, de tres cuerpos y diez y siete metros de altura por más de cinco de base, obra debida á la iniciativa y direccion del señor don Gonzalo Sanchez Arjona y del reputado artista D. Manuel Mendez; y bajo las figuradas bóvedas de ese monumento, profusamente iluminado, se veía colocada una cama imperial de buen gusto, en la cual se expuso la caja, y sobre ella los trofeos ya dichos. Entonces el clero todo subió al coro, y ante una concurrencia extraordinaria entonó solemnes salmos, nocturnos y oraciones, auxiliado por la orquesta de capilla que estaba dispuesta. Se celebró despues la Misa, que ofició el párroco de Santa Ana D. Luis Hernandez de la Vega; y terminadas las demas ceremonias que prescriben los sagrados libros, se dispuso practicar el sepelio, proyectándose llevar el cadáver con su caja y sus trofeos á la antigua bóveda subterránea que existe en la capilla mayor. Se preparaban á verificarlo diversos parientes, pero los abogados que estaban allí reunidos se interpusieron, deseando tener la honra de conducir por sí mismos á la última morada el cadáver de su antiguo maestro y compañero, sin embargo del excesivo peso que el conjunto tenia. Con efecto, los Sres. D. Antonio Sanchez Arjona, promotor fiscal cesante, D. Francisco Fernandez Amaya, promotor fiscal activo, D. Juan Paulino Dominguez, registrador de la propiedad, D. Rodrigo Sanchez Arjona, doctor, y los licenciados D. Gonzalo Sanchez Arjona, D. Ignacio de Velasco y Gutierrez, D. Pa-

bló Estéban Sanchez, D. Francisco Claros y Jimeno y D. Teodosio Fernandez Amaya, este de Fuente de Cantos, tomaron la referida caja y la conducian al lugar destinado, precedidos de una respetuosa comision portadora de los trofeos, y compuesta del señor juez de primera instancia, que llevaba la corona de siemprevivas, del señor juez municipal, que lo hacia del sombrero de ministro, y del decano de los abogados Sr. Clarós, que conducia el espadin; todos sin más carácter que el de abogados ó juriconsultos, discípulos unos, y meros compañeros los demas del que en aquellos momentos bajaba al sepulcro. Seguia inmediatamente el clero, los sobrinos y albaceas del finado, el alcalde y alguna otra persona que permitió el estrecho ámbito de la referida bóveda. Este acto espontáneo, ejecutado por los letrados, produjo tal emocion en los concurrentes, que á no haber estado en el templo, hubieran demostrado su satisfaccion y agradecimiento con entusiastas aclamaciones, envueltas en lágrimas de profunda pena. Dentro de la bóveda abri la caja yo el notario, y en presencia del Sr. Juez y demas asistentes, reconocí de nuevo el cadáver del que fué Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, y de cuya autenticidad nadie dudó, por lo que á la voz de R. I. P. pronunciada con la majestad que un acto tan serio requeria, por el párroco, dejó caer la tapa, se cerró la caja, y se entregaron las llaves al albacea Sr. Camacho, retirándose éste, transido de dolor y sufrimiento por la pérdida de ser tan querido, de su segundo padre, director y maestro. Recogió el alcalde una llave de la puerta exterior, y otra el mismo Sr. Camacho, y terminaron el sepelio y las ceremonias de dicho dia veintiuno de Enero: era la una y cuarenta y ocho minutos de la tarde.

El miércoles siguiente, veintidos, se celebraron con igual pompa y solemnidades y la misma concurrencia, las honras fúnebres en bien del alma del ya sepultado Sr. Bravo Murillo, empezando á las diez de la mañana, y terminando á las dos de la tarde próximamente. Ofició tambien la misa el mismo párroco.

El jueves veintitres aplicaron todos los sacerdotes del pueblo y forasteros las misas llamadas de cuerpo presente, pagadas por la municipalidad con la limosna de diez reales cada una, y se empezaron á igual hora otras honras con una concurrencia extraordinaria y mucho mayor que la de los dias anteriores. Se esperaba que el célebre y renombrado orador sagrado don Manuel Aguilar, cura párroco de Cabeza la Vaca, á quien ya conociamos desde sus sermones dedicados á nuestra excelsa patrona la Virgen Santísima de los Remedios, pronunciara la oracion fúnebre que era de desear, por la solemnidad del acto, por la importancia del personaje de que se trataba, y por otra multitud de circunstancias. Subió al púlpito, acompañándole hasta la primera grada dos individuos del ayuntamiento y dos de la comision; y no defraudó dicho señor las esperanzas concebidas, pues haciendo gala de sus buenas dotes oratorias, trazó á grandes rasgos, en un brillante y corto discurso, la vida moral y científica del eminente repúblico y hombre de Estado cuya pérdida llora España; formó una exacta apologia de sus hechos, y concluyó por rogar dirigiésemos todos al Altísimo fervientes oraciones para que descanse en paz y goce de la mansion de los justos.

Por último, á las diez de la mañana de hoy viernes veinticuatro de

Enero, fecha de este Acta, se empezaron, á expensas de todo el clero, sin premio ni remuneracion alguna, y por su propia determinacion y voluntad, otras honras por el alma del ilustre patricio Sr. Bravo Murillo. Tambien fué numerosisima la concurrencia por la invitacion escrita que dirigió al pueblo; y acompañaban al duelo en este dia, en representacion del clero, los presbíteros D. Manuel Martínez Guerra y D. Máximo Pérez Valero. Debía oírse la autorizada voz de nuestro vicario arcipreste, persona muy digna y competente, á quien todos escuchan con gusto y con muestras de verdadera simpatía por su carácter y demas buenas prendas que le adornan; y tampoco dejó nada que desear este orador sagrado, el cual habia subido al púlpito entre los sacerdotes D. Francisco Pérez Liaño y D. José Pardo Sequera. Consideró al Sr. Bravo Murillo bajo diferentes formas, como una gran figura en la historia contemporánea de este siglo, que ofreció durante su vida, y para las sociedades futuras, notables ejemplos, dignos de imitacion. Con bellas imágenes y elegante estilo elevó á importante altura la oracion fúnebre que el clero le encomendara por aclamacion. Muy satisfechos nos dejó á todos de su talento, y pueden estar orgullosos sus compañeros de tener á la cabeza una persona tan recomendable. Los individuos de dicho clero que en la ocasion presente han llevado su abnegacion hasta el extremo, son, ademas de los tres párrocos, los siguientes: D. Ignacio Lopez Pinto, D. Pedro Pérez Tanco, D. Manuel de la Paz Rubio, D. Rufino Rodriguez Barrancas, D. Rodrigo Hermoso, D. Ruperto Marquez, D. José Pardo, D. José Pinna, D. Santos Bravo, D. Gregorio Orgaz, D. Ricardo Cabezas, D. Antonio Rodriguez Velasco, D. Máximo Pérez. D. Luis Suarez, D. Francisco Pérez Liaño y don Manuel Martínez Cumplido.

Tanto el señor arcipreste como el párroco Sr. Aguilar y el abogado Sr. Velasco han ofrecido dar á la prensa sus discursos, para unirlos á las copias de este Acta, que levanto á peticion del municipio, albaceas y parientes del finado.—Y la doy aquí por terminada, autorizándola varios concurrentes á los hechos que se describen, ademas de los testigos D. Pedro Bautista Martínez y D. Eduardo Pérez, de esta vecindad, despues de leida por mí en alta voz, y la firmo en fe de verdad yo D. Wenceslao José Carvalho, Notario público de esta villa.—Siguen las firmas.

WENCESLAO JOSÉ CARVALLO.

---

DON FRANCISCO PAEZ DE LA CADENA

Tenemos el sentimiento de dar noticia á nuestros lectores del fallecimiento de un digno amigo é ilustrado colaborador de esta Revista, del señor D. Francisco Paez de la Cadena. Pensador concienzudo, escritor elegante y hombre de honradez intachable y de perseverante actividad, llevó estas cualidades á todas las situaciones de su vida pública y privada. Su muerte ha dejado un sensible vacío en el seno de su amante familia, entre sus numerosos y leales amigos, y en las páginas de esta Revista, para la cual escribió con adhesion completa artículos notables, que recordarán nuestros lectores.

Nacido en Cartagena en los primeros años de este siglo, entró de corta edad en clase de cadete en el cuerpo militar de zapadores, llamado despues de ingenieros. Alcanzóle muy pronto las vicisitudes políticas de los años 20, 23 y siguientes; y por resullas de ellas, se vió apartado de su primitiva carrera, desempeñando algunos destinos administrativos por los años 53 y siguientes, hasta que en 1857 se le expidió real despacho de sub-teniente. Pero sin duda la carrera militar no era la que habia de absorber su existencia; y retirado á poco nuevamente de ella, fué nombrado en 1858 catedrático de física y matemáticas del seminario conciliar de Badajoz. Su propension al estudio y a los trabajos de la inteligencia, le llevaban á la carrera del profesorado ó de la administracion civil. Así, y en cuanto lo consintieron los frecuentes cambios políticos de nuestra patria en este siglo, siguió ya en adelante ocupando varios destinos de la jerarquia administrativa, como el de secretario de los gobiernos de las provincias de Badajoz, Zaragoza, Toledo, Córdoba, y de jefe político ó gobernador, de las de Pontevedra, Salamanca, Alava, Logroño, Teruel y Jaen, hasta que á su instancia fué jubilado en 1865.

Durante ese tiempo desempeñó honrosas comisiones militares y civiles; y no se olvidó tampoco de su aficion predilecta á los estudios serios y á los trabajos de su bien cortada pluma. Al fundarse los Boletines Oficiales de las provincias, organizó la redaccion del Boletin de la de Badajoz. Posteriormente, en 1860, escribió en el «Eco del Pais.» A fines de 1868 publicó unnotable folleto, lleno de sana doctrina y de correcto estilo, titulado «La libertad religiosa y la forma de gobierno en España.» Más tarde publicó artículos notables en esta Revista. Y á su muerte ha dejado escrita la primera parte de otro folleto titulado «La Internacional.»

Tal es, en breve resúmen, la vida activa, provechosa y honrada del distinguido colaborador, que recientemente hemos perdido. La merecida mencion que de él hacemos, deseamos que sirva de algun consuelo á su digna familia. El hombre privado fué en ella, y en el trato con sus amigos, y en todas sus relaciones sociales, un modelo de noble carácter y de cristianas virtudes. Tan modesto como ilustrado, no se afanó nunca por la celebridad; y para servir los destinos que tan dignamente desempeñó, fué siempre llamado y rogado por los ministros que conocian su retitud inquebrantable de carácter, su saber, su verdadero mérito. Cuando dejó la vida oficial, fué desde su retiro el defensor incansable de las buenas doctrinas sociales. Los que hemos tenido la honra de contarnos entre sus buenos amigos, notamos á cada paso, llenos de tristeza, la pérdida del hombre entendido, recto y prudente, á quien estimábamos con todo nuestro corazon.

NICOLÁS HURTADO.

**Eleccion del Padre Zeferino Gonzalez para la Academia de Ciencias morales y políticas.** Nuestro ilustre colaborador, el Padre Zeferino Gonzalez, dominico, autor de profundas obras de filosofia, de los artículos sobre El Positivismo Materialista, con que ha honrado nuestras columnas, y de otras varias publicaciones, que le han dado tan merecido renombre, ha

ingresado en la Academia de Ciencias morales y políticas, propuesto sin su conocimiento y elegido casi por unanimidad. La iniciativa que en bien de la sana y elevada filosofía y de la pura doctrina católica ha tomado para esta elección el docto académico D. Miguel Sanz, del tribunal de la Rota, y la espontánea y calurosa cooperación que desde el primer anuncio le prestaron el Sr. Moyano, creador de dicha Academia como ministro del ramo, el Sr. D. Francisco de Cárdenas y casi todos los demás individuos de la corporación, honra sobremanera á España, en la cual es reputado el eminente filósofo como el segundo Balmes. Nos felicitamos, y felicitamos á las ciencias, por tal elección y por la delicada forma con que ha sido realizada. Y si por ventura los eminentes artículos insertos en nuestra Revista han contribuido en algo á dar á conocer al sabio humilde y cristiano, apartado del mundo en su retiro, doblemente nos congratulamos por suceso tan fausto para las ciencias y las letras cristianas y para el honor de nuestra patria.

**Los internacionalistas en Portugal.** Los trabajos internacionalistas en Portugal, dice un periódico de esta corte, no han tenido el resultado que en otros países; y de ello nos felicitamos, pues su fracaso redunda en beneficio de los verdaderos intereses de la nación vecina. Después de varias tentativas frustradas para enemistar á los obreros con los capitalistas, toda la atención de los delegados de la Internacional se dirigió á iniciar una huelga en los ferro-carriles del Norte y Este; pero es tal la influencia que el director de la compañía ejerce sobre sus subordinados, que á la primera intimación que les hizo volvieron todos al servicio. Las comunicaciones, tanto de Oporto como de Lisboa con España, continuaron sin interrupción. El gobierno ha apoyado eficazmente á la empresa, y la prensa de todos los partidos se mostró unánime en censurar á los huelguistas.

Los instigadores han quedado despedidos, y no se admitirán en ninguna otra compañía del vecino reino. El director de la del Norte y Este ha publicado en los periódicos portugueses una carta explicando lo ocurrido, habiendo resultado que los iniciadores de la huelga no eran empleados de aquella empresa, por lo cual ningún interés directo tenían en que se concedieran ó se negaran sus peticiones.

**Conmemoración de la toma de Granada.** Tiene razón el periódico de Granada que, al conmemorar el aniversario de la toma de aquella ciudad, el 2 de Enero de 1492, dice que si desde el fondo de sus tumbas pudieran alzar sus venerables cabezas los Católicos reyes Fernando é Isabel, y leer en las paredes del templo donde sus cenizas descansan: *Limosna para el culto de esta real capilla*; si viesan conmemorado el aniversario de la rendición de la ciudad de los Naseritas con un espectáculo en que se aleja cuidadosamente toda alusión á una fé religiosa, para cuyo enaltecimiento consagraron sus gloriosísimos reinados; si viesan.... cualquiera de las cosas que contra la religion y la patria ocurren, semejante espectáculo, no sólo haría creer á los fundadores de la unidad nacional que el pueblo en que están sucediendo no era ni con mucho aquella valiente, católica y noble España que fué el

asombro de Europa en los memorables días del siglo xvi, sino que se recostarían avergonzados en sus sepulcros al ver en lo que ha venido á parar su grande obra de civilización verdadera y de españolismo puro.

**Movimiento católico en Inglaterra.** Los progresos del catolicismo en Inglaterra son ya tan notables, que los mismos protestantes están admirados de ellos.

Basta para convencerse de esto examinar los datos estadísticos, porque revelan la progresion creciente que sigue el catolicismo en Inglaterra.

El *Catholic Directory*, guia para 1873, recientemente publicada, contiene la estadística del movimiento católico del pasado año, y en ella hay datos curiosísimos, que demuestran lo que estamos diciendo.

Hace pocos años no había católicos en las Cámaras inglesas; el pasado figuraban 24 en la Cámara de los lores y 37 en la de los Comunes.

En la nobleza inglesa hay ya 49 varones que profesan el catolicismo. La Iglesia romana en la Gran-Bretaña cuenta con un arzobispo y 12 obispos sufragáneos para Inglaterra, y un arzobispo y dos obispos, ó, mejor dicho, vicarios apostólicos, para Escocia, donde aún las diócesis se llaman distritos. En Irlanda y las colonias el episcopado católico cuenta cerca de 100 preladós.

En solo el año pasado se han ordenado en Inglaterra 75 sacerdotes; de modo que el clero católico cuenta ya en Inglaterra y el país de Gales con 1.860 miembros.

Mil doscientos cuarenta y cinco pueblos de Inglaterra y Escocia poseen iglesias, capillas ó misiones.

Estos datos revelan cuán fecunda es, aún entre disturbios y agitaciones, la savia del catolicismo, y cuán ridícula y ligera la aseveracion de aquellos pocos que se atreven á declarar en un valeroso arranque de admirable ignorancia, que el catolicismo *está muerto*.

**Nuevo plebiscito á favor de M. Thiers.** Un nuevo género de plebiscito refiere la *Gazette de Paris*, garantizando su autenticidad.

Una casa de Epinal ha hecho una numerosa tirada de dos retratos, al precio de un sueldo (sou) cada uno; el retrato de M. Thiers y el retrato de M. Gambetta.

Esta clase de retratos está naturalmente destinada á las casas más humildes, y se venden en los campos y pueblos rurales por los buhoneros y vendedores ambulantes.

Pues bien: ¿saben Vds. en qué proporcion se han vendido hasta el día los dos retratos, desde el mes de Setiembre que se pusieron á la venta?

Del retrato de M. Gambetta se han vendido quince mil y pico de ejemplares, y del retrato de M. Thiers muy cerca de dos millones.

